Las tragedias del amor (amor, honor y sociedad en *Don Alvaro o la fuerza del sino*)

Antonio Hermosa Andújar
Universidad de Sevilla, España

Para Txema Portillo,
que era y permanece demócrata
en medio de la barbarie.

I. Desafío al destino

La historia, aun repetida, no es tan banal como parece. Es verdad que, de nuevo, "un hombre y una mujer" se juntan, satisfaciendo una vez más la cultura la eterna llamada que le llega desde la naturaleza; pero no es menos cierto que el desenfado ignorante con el que don Juan pronuncia aquellas palabras[1] sólo traduce o impunidad o inexperiencia: y total, sea cual fuere el caso. Porque, en efecto, el amor que al juntarse los une es mucho más, por un lado, que el encuentro de dos cuerpos dispuestos, sin memoria ni reglas, a libar hasta la última gota del cáliz del placer; y, por otro, es mucho más que dos nombres atados entre sí por voluntades terceras en ejecución de un destino iniciado con el azar del nacimiento en determinada clase social. En la primera tesitura, eros puede sin duda violar convenciones y contratos, pero lo hace protegiéndose en el escudo de la noche, y salvo que el aprendiz de brujo produzca efectos indeseados que trasciendan la frontera de los cuerpos y saquen el placer de la clandestinidad, la materia social seguirá tan bruta como hasta entonces. El segundo caso es otra cosa enteramente distinta. Cuando lo que el amor liga es sin más a un hombre con una mujer está ya, sin más, igualando los géneros[2], a hombres y mujeres; pero si, además, la mujer es aristócrata y el hombre plebeyo, o al

1. Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla*, I, v. 23. Alianza Editorial, Madrid, 1999 (cf. también Hartzenbusch, *Los amantes de Teruel*, v. 200, donde el tono frívolo de Don Juan es casi puro misticismo en Marsilla).

2. "Mas si los dos os queréis / con una misma igualdad", *ibidem*, vv. 227-228. Recuérdese también la explicación de Marsilla acerca del amor (cf. Hartzenbusch, *Los amantes*..., vv. 199-206).

revés, o bien uno pertenece a un rango distinto del otro, lo que el amor está así mismo haciendo es igualar clases o rangos al tiempo que iguala géneros. Dicho de otro modo: es, sin más, una revolución: la destrucción interna de la sociedad de la jerarquía, la de las divisiones sociales elevadas al grado de naturales, la de la pirámide que nunca se sostiene por sí misma pese a su imponente fachada exterior[3]. Los efectos no terminan ahí; al igualar, el amor no sólo destruye barreras que separan artificialmente a los hombres: los convierte también en sujetos autónomos, y rescata del olvido o de la sumisión retazos de individuo sin los cuales éste resulta ininteligible, como el mundo de los sentimientos o algunas figuras de la propia ética.

La sociedad en la cual las jerarquías que la estructuran tienen vocación de eternidad constituye el genuino personaje del drama representado[4]. Es su más pura esencia la que sube a escena cuando las máscaras actúan; mientras éstas desarrollan la trama es su alma sombría lo que se va desenvolviendo ante nuestros ojos; lo que vemos al contemplar los conflictos que atenazan la conciencia de los actores no es más que el reflejo de la situación sin salida a la que están abocados cuantos, encerrados entre sus cuatro paredes, aspiren a hacer vagar espontáneamente por su sangre los flujos del corazón o de la libertad. En el escenario asistimos a lances de espada y a gestas amorosas, a comidillas plebeyas o a declamaciones insensatas, a bravatas, desengaños o arrepentimientos con o sin remordimientos: son sólo las cabriolas mediante las cuales la voz del arte nos cuenta el modo de ser de la sociedad, tan trágica que se revela por igual opte el arte por la forma que opte: el drama o la comedia[5].

---

3. Y en la que, desde luego, no tendrá cabida el amor (a este respecto puede ser útil indicar que en algunos de los autores de la época objeto de nuestro estudio no sólo no puede amar el honor, sino tampoco *El Corán*; es la crítica que late en el lamento de Zulima (cf. *Los amantes*..., vv. 21 s), quien, por otra parte, se lamenta sin saber que también ella desconoce el genuino amor, pues lo confunde con la gratitud (vv. 37 s). Sí tendrán, en cambio, cabida repetidas manifestaciones racistas, siendo el indiano (*Don Alvaro*), el moro (*Los amantes*...) o el judío (*El trovador*) los objetos del anatema.

4. Para precisar: es el actor principal en los dos primeros actos de nuestro drama, y un actor secundario en el tercero.

5. El presente trabajo no lo es de historia o crítica literaria, por lo cual en vez de insistir en algunas de las diferencias que separan el teatro clásico barroco del drama romántico con su famosa triple ruptura formal, de haberlo sido habríamos insistido más en las concomitancias de ambos, las cuales, por cierto, habríamos de extender a los diferentes géneros teatrales. Porque en este punto, aunque la comedia exige el final feliz, nada le exige en cambio desplegar toda la tragedia inmanente a los valores dominantes en la sociedad antes de llegar al fin. Piénsese, por ejemplo, en *La dama duende* de Calderón, que ya en la primera jornada pone de relieve las dificultades insalvables para la moral aristocrática de dar cabida en su código a la amistad, de adoptar un criterio de justicia no personal y de no resolver en la violencia -"... hable el acero"

El primer signo trágico de tal sociedad es su forma de ser; nada en ella aboga por su unidad, excepción hecha del monócrata que piensa, decide y actúa por ella. Las clases como tales se hallan tan separadas entre sí como lo están particularmente los miembros de las diversas capas que las integran. Ni lazos comunes, ni proyectos comunes, ni valores comunes; nada hay de propio en cada una de ellas que las impulse a trascender su esfera particular y les dé una meta general adonde dirigirse o un camino por donde circular conjuntamente; como nada hay dentro de las mismas que les confiera una entidad diferenciada y específica, a excepción, quizá, de un valor, el del honor, que la clase superior ha convertido en santo y seña de cada uno de sus miembros -el cual, por lo demás, dada su peculiar casuística contribuye mejor a enfrentarlos que a unirlos, pues el honor delimita el perímetro de cada aristócrata hasta convertirse en algo tan singular del mismo como su prosapia o su tradición.

La clase que soporta el peso global de la sociedad podrá gozar (Rivas) o no (Zorrilla) de las simpatías del autor, pero comparte con la que la aplasta el mero deseo de reproducirse -aunque no los medios- y la certidumbre de un horizonte prefijado de antemano. Algunos de sus componentes presentarán rasgos que, en materialización de aquellas simpatías, le infunden los caracteres de un altorrelieve sobre el plano fondo común; así, una Curra, la doncella de Leonor, echa mano de su orgullo para reivindicarse como un ser concreto de carne y hueso, capaz de aportar el humano calor de la comprensión y la solidaridad al pozo sin fondo de la incertidumbre de su señora, de manera análoga a como la gitana Preciosilla remachaba su apuesta por el indiano ninguneado por el Marqués y su adláter, el canónigo de la Catedral de Sevilla, con una crítica de la aristocracia sevillana[6]. Mas, con independencia de esos aldabonazos de personalidad, la mayoría de ellos ve consumir la mecha de sus días vacíos entre los vapores grises con los que la rutina unta de sopor la existencia. Aun sin necesidad de recurrir al hedonismo grosero, imitativo y egoísta de un Ciutti, el criado del Don Juan de Zorrilla[7], lo cierto es que se les ve apoltronados en medio de la holganza mirando por la ventana qué es lo que ofrece el día a día a sus desfallecidos ojos, al tiempo que contemplan cómo su futuro se escapa cada vez más

(v. 175)- del duelo todo lance de honor. En realidad, el barroco es la forma estilística por antonomasia de una sociedad trágica. (Cf. otro ejemplo en los vv. 1546 s y 1593 s del citado drama de Tirso).

6. En tal modo, por lo demás, Preciosilla también esculpía la figura de sí misma oponiéndola al mármol sin devastar de los aristócratas (cf. *D. Alvaro*, I-4 y 2). Por lo demás, las críticas a esa vieja dama histórica vienen de lejos, pues Aminta ya tenía muy claro que "la desvergüenza en España / se ha hecho caballería" (en Tirso, *id.* 1919-1920).

7. Su ideal de vida queda cabalmente resumido en estos versos: "Tiempo libre, bolsa llena / buenas mozas y buen vino"; con eso, dice, "tengo cuanto quiero, y más" (*Don Juan Tenorio*, I-1).

lejos de su voluntad. Ningún ciudadano digno de tal nombre, como ningún compuesto social de su interrelación, puede surgir de quien ha renunciado de antemano a oponer su acción al libre curso de las cosas o a imputar a la responsabilidad propia toda la magia de su destino. Sin duda, no se juegan el honor o la hacienda de otro a los dados, como ciertos antihéroes, porque no todo mal está al alcance de cualquiera, y porque se les concede cierta permisividad, cierta sinceridad y bondad espontáneas, alguna prerrogativa humorística y hasta algún brote de indignación, bien que esto último suele acabárseles con el vino de sus vasos. Pero ellos se sienten más a gusto al calor de la superstición religiosa, cultivan con ardor la ciencia del chismorreo y el prejuicio, garantías de entrometimiento perpetuo en vidas ajenas, y aun cuando a veces logran mostrarse a la altura del sentido común[8], raramente logran ir más allá y nunca se enfrentan a las proteicas tiranías del *statu quo*. Quizá, bien mirado, sí hay una cosa que mueve a todos y a todos por igual, a pícaros como a resignados, a truhanes como a mercantes: el dinero, el nuevo maná celeste que bendice a quien lo tiene y distribuye entre el pueblo hambriento, dora su persona con atributos eternos, como la magnanimidad y la honradez, y le grangea el favor de los favorecidos; el nuevo talismán que empieza a trazar una nueva moralidad, por cuanto vuelve mudo al charlatán de antaño, recatado al entrometido, atrevido al indolente e infiel al que prometió. La gitana del *Don Alvaro* es de otra catadura que la Brígida o la Lucía del *Tenorio*, como el Tío Paco, y hasta el mismo mesonero que lee la cartilla a su mujer[9], no son el referido Ciutti o Buttarelli; pero en todos ellos, como ya en un lejano pariente suyo, el ventero de cuyo *castillo* no hubiera querido acordarse Don Quijote, al nuevo ídolo se ha levantado un altar, aunque fuera la casta del mercante, como nos recuerda el anatema de Quevedo[10], la que más devotamente adorara al celebrado becerro de oro[11].

---

8. Un ejemplo lo brinda la misma Curra antes citada cuando traza la prognosis de lo que aguarda a su ama si lleva a cabo el transgresivo plan urdido. En su candorosa simplicidad, Curra -quien poco antes había alumbrado el mal oscuro del honor caballeresco en relación al corazón- considera que la huida tan sólo dejará al Marqués preso de una simple rabieta y, por tanto, dispuesto a cualquier cosa con tal de recuperar a su pródiga hija. La tragedia teatral, que pronto se va a desencadenar a causa del azar en forma de pistola, muestra en esa ingenuidad -consistente en considerar el honor desde el punto de vista del amor (filial)- el aspecto cómico de la tragedia real que late como corazón de la sociedad, análogamente a como, poco después, la reacción del padre mostrará en su intemperancia -por considerar el amor desde el punto de vista del honor- su aspecto dramático (*Don Alvaro*, I-6 y 8).

9. La cartilla de la nueva moralidad (cf. II-2): la del egoísmo, en la que el dinero es medio y fin.

10. "Conciencia en mercader es como virgo en cantonera, que se vende sin haberle", decía este domador de las palabras (*El buscón*, Barcelona, Crítica, 1993, pág. 131). Con todo, será el dinero lo que empiece a trabajar la conciencia en personajes dedicados hasta entonces a verlas

Como la clase sobre la que se eleva, la aristocrática conforma, dijimos, un orden cerrado y excluyente, una sociedad parcial carente de vínculos comunes con la inferior, así como del deseo de forjarlos. Y par a aquélla, tampoco el conjunto de sus miembros compone una suma unitaria. Si la presencia de una clase distinta y un código de valores en apariencia compartido logran suscitar inicialmente dicha impresión, cuando se les siguen sus movimientos en el interior de su territorio acabamos por toparnos con minúsculos clanes familiares, compuestos por lo general de padres, hijos y siervos férreamente uncidos entre sí por vínculos de lealtad personal, y yuxtapuestos con los demás. Su conducta quiere someterse a los dictados de siempre, grave y ordenadamente expresados en su día por el hidalgo manchego lanzado por el mundo a "desfacer entuertos"[12], a saber: primero Dios, después el honor, por fin la vida[13]. De hecho Don Alfonso, tras el fatal duelo con Don Alvaro, sintiendo que la muerte está a punto de curarle la gran herida de su vida –abierta por la espada de su, hasta ese momento, para él contrincante natural–, arrepentido de repente le exhorta vehementemente a que le confiese y salve su alma[14]. Más que su vida, más que morir, en ese trance definitivo le importa morir como cristiano, aun si ello significa cometer el "deshonor" de implorarle al *apestado* que oficie de mediador. Ni que decir tiene, por último, que en cada reducto familiar el orden es rígidamente vertical: el padre, mientras vive, es el monarca; entre los hijos varones el cambio a que se aspira es a perpetuar la tradición; de las hembras se consiente y estima la familiaridad y dulzura en el trato, el cénit alcanzado por la igualdad en esa pirámide, y mientras ello tiene lugar el mando esconde su látigo y la sumisión su vergüenza bajo el manto del consejo paternalista[15], y el afecto pa-

---

venir; no sólo producirá egoísmo, sino también iniciará o consolidará un proceso de individualización beneficioso para la sociedad, pues el chismorreo, más el gratuito entrometimiento en vidas ajenas con el que se suele aparear, será una de sus primeras víctimas.

11. El nuevo dios es avaro con sus fieles, a los que exige la consagración de todas sus fuerzas. En tal modo, esa nueva clase no sabrá amar, al menos hasta que asuman la capital convicción de Marsilla, a saber, que "...es poco hechizo / el oro para quien ama" (*Los amantes*..., vv. 234-235).

12. Ese fin les diferencia, pero el carácter personalista que infunden a su misión, más las consecuencias a que se aludirán más abajo, lo tienen en común (con todo, y en aras de la justicia, habría que añadir el elemento religioso inmanente en el fin del caballero manchego, para quien la misión antedicha "es gran servicio a Dios" (Cf. Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Crítica, 1998, I-VIII, pág. 95).

13. Si bien son ésos los valores proclamados solemnemente por el héroe, ello no obsta para que en alguna otra ocasión establezca alguna que otra trinidad, como la constituida por "mi rey, ...mi patria y... aquélla que de mi corazón y libertad tiene la llave" (I-XXIX, pág. 338).

14. *Don Alvaro,* V-9 (no es preciso aquí continuar con el resto de la historia).

15. Eso es así incluso para quien, como Don Gonzalo, se profesa antes padre que caballero (*Don Juan*, vv. 185-186).

terno filial puede seguir su curso. (De los criados, ni hablar). El sentido del honor constituirá la argamasa que transforme ese grupo de seres en un solo sujeto, el vínculo transpersonal que una a todos con lo que suceda a uno y dé valor a sus vidas[16]; dada además la naturaleza subjetiva del mismo tanto en su contenido como en su aplicación, deviene la señal con la que cada clan de la aristocracia marca su territorio[17]. Más tarde se comprobarán los efectos de tal orden en las esferas de los sentimientos y de las relaciones interpersonales. Por el momento, y ciñéndonos a la primera, y en concreto al del amor, queremos tan sólo dejar constancia de hasta qué punto revolucionan el cosmos aristocrático -tampoco el popular subsistiría tal cual es- "el hombre y la mujer" a los que unce con su yugo. Sentir y asentir la orden del sentimiento es negar las diversas escalas de la desigualdad, es decir, el fundamento mismo en el que el honor cimenta su ser y su poder. Amar, para el honor, no sólo puede llegar a ser un jaque a los galones familiares y una subversión de la autoridad de quien fija a quién se debe fijar la -réproba- hija[18], sino que justo por eso el sentimiento es desnaturalizado en cuanto tal por el honor y transustanciado en norma: desde ese preciso instante toda su potencialidad es interpretada por él como un desafío y su realidad declarada enemigo. La existencia del amor desencadena de oficio, por tanto, la puesta en marcha de los poderes del honor en aras de su castigo. El destino irrumpe inexorable contra quien osa mirarle de frente. De ahí que aquél se apreste a recoger el guante de la ofensa y retar a muerte al advenedizo. Hemos de pasar ahora a analizar por qué sólo le contenta semejante solución, es decir: su naturaleza.

II. El duelo

Para un aristócrata, el honor se configura, ni más ni menos, como sus señas de identidad. De un lado, en efecto, significa el reconocimiento público de su persona, la causa y el efecto de su prestigio social. De otro, constituye

16. Notemos de paso cuán poco cristianos son esos devotos que anteponen el honor, el cual no proviene de Dios, a la vida, que sí es obra suya; también habían dejado de serlo con la concepción suprapersonal del mismo, que los convierte en personajes de tragedia clásica, por cuanto elimina la responsabilidad individual.

17. Por eso, las raras veces que los integrantes de las dinastías se enfrentan mutuamente hacen que el cordón umbilical de la comunión, que aún perdura en la conciencia, produzca en unos los sufrimientos que la culpa produce en el arrepentido por delitos que no cometió (*Don Juan*, II-I, 2).

18. A veces ni réproba, sino simplemente anulada (cf. Hartzenbusch, *Los amantes...*, vv. 550-556).

ante su propia conciencia la razón de ser de su dignidad moral. La totalidad de su conducta[19], de la privada tanto como de la pública, entrará dentro de su ámbito y será regida por sus normas; sólo la salvación de su alma estará, en principio, por encima de éstas. Ningún otro bien justificará su transgresión.

Vivir con honor será, pues, su principal virtud. Tan arduo empeño, que compromete sin tregua la responsabilidad del actor en el conjunto de sus acciones, insuflará en su alma una gran dosis de fortaleza si consigue superar con éxito las perpetuas pruebas a que tan fiero legislador las somete. Con todo, disciplinar el monto de los propios actos a lo largo de toda una vida es algo que supera las fuerzas de cualquier mortal, máxime si, como es el caso, la peculiar estructura de dominación establecida por el honor, que transforma en bienes a las personas bajo la custodia del señor, son por ello depósitos del propio honor. La hija, por ejemplo, es patrimonio del padre, la amada -continuamos con el ejemplo- es patrimonio del amado: la honra de las dos[20] *es* el honor de ambos en esa dimensión de sus vidas. Con otras palabras: cosificar a las personas -¿qué otra cosa puede ser esa anulación de su autonomía moral?- significa que no todas las acciones que mantienen el propio honor dependen de la voluntad propia; pero como cosificarlas no supone de suyo anularles físicamente su voluntad, los inevitables deseos de esta última introducirán una inmensa dosis de incertidumbre en las posibilidades que tiene el honor de cumplirse a rajatabla[21]. El refranero diría aquí que quien mucho abarca poco aprieta. Sea como fuere, es el mejor ejemplo, mas no el único, de cómo la pretensión de poderío esgrimida por el honor contribuye a excavar las madrigueras de su debilidad[22].

---

19. "En el honor de tu padre / no se vio mancha jamás", dice con orgullo Pedro a su hija Isabel (Hartzenbusch, *ibidem*, vv. 519-520).

20. La hija del Marqués en *Don Alvaro*, la prometida de Don Diego en *Don Juan*.

21. A esa voluntad, dependiente pero viva, le basta entonces con un deseo que ella no pueda controlar enteramente para, aun sin quererlo, desencadenar una tragedia: le basta, por ejemplo, con amar. Y es que el honor, aunque tiene sentimientos, no es un sentimiento, sino un código: y en su preceptiva entra la consideración de ciertas personas como bienes propios, es decir, entra establecer un dominio personal de carácter privado sobre un sujeto acerca del cual debería legislar la autoridad pública. (Por lo demás, cuando ese honor deja de convertirse en destino para volver a ser conciencia humana, conoce su propia tragedia personal, y ésta sí, en modo inexorable: es el caso de Mariana, la madre de Isabel, que en un grandioso monólogo, de extensión inversamente proporcional a su intensidad, vive su purgatorio al constatar que su arrepentimiento ni salvará a su hija, ni la salva a ella ni dejará de dañar a su amor [*Los amantes*..., II-XIII]: los hijos de la conciencia, los valores, se enfrentan a muerte entre sí y con su madre en el regazo materno).

22. Ya Peribáñez se había hecho eco de la fragilidad de esta dimensión del honor en un contrito parlamento resumible en un solo verso: "¡oh caña, la del honor!" (Lope de Vega, *Peribáñez*, Barcelona, Crítica, 1997, v. 2622). (Aunque no sea éste el lugar, quizá no sea excesi-

La debilidad se refuerza más fácilmente aún desde fuera, habida cuenta de que el mundo está lleno de voluntades que no son la del honor. El más inocente deseo que cruce su campo sería susceptible de transgredir un código cuyo horizonte se presenta ilimitado -la totalidad consciente de la vida y las acciones del sujeto- y cuyos límites son fijados personalmente por su titular. Desde ese momento, los dados de la ofensa han sido echados, y la fiera de la reparación liberada. ¿De qué medios se valdrá el ofendido para resarcirse, cuándo volverá aquélla a la jaula? Será el proceso que aquí se inicia el que, enseñándonos la genuina naturaleza del "santo honor"[23], mejor nos revele la tragedia ínsita en su ser. La condición estrictamente subjetiva del honor salta a la vista al comprobar que el único tribunal que juzga el supuesto delito contra él es el de la razón personal del ofendido, y su correlativa condición de insocialidad al constatar que la única fuerza pública que acude en su auxilio es la de su espada[24].

Aunque para provocar al destino no sea menester remontarse a cuna tan alta como la soberbia, reparar la ofensa sí desencadena la némesis del deshonorado, o mejor, se confunde directamente con ella[25]: venganza[26] consumada es honor repuesto. Tan draconiana máxima inicia cuando el honor sólo tiene en cuenta de su ofensa el nudo hecho que la produce, sin atender a consideración o circunstancia alguna susceptible de servir de atenuante. Por eso, oír al encausado, analizar sus pruebas, sería dar una de locura o cobardía; equivaldría a

---

vo remembrar aquí la pertinencia de su gran personaje, Casilda, para nuestro tema, ya que para ella el amor es en sí mismo honor, por sí mismo iguala y sobre sí mismo decide: su carácter críticamente *antisocial* se revela, así, en toda su fuerza).

23. Ese al que la sola "duda" ya "ofende" (Guillén de Castro, *Las mocedades del Cid*, Barcelona, Crítica, 1996, vv. 534-535 s). Rodrigo, no obstante, no es Don Carlos: él ya amaba antes de que el honor quisiera vestir de luto su vida, y el prometeo humano no se arredra ante ningún dios: la batalla de ese gladiador indomable por domeñar también la conciencia, además del corazón, constituye para nosotros una de las más bellas singladuras poéticas que nos ha ofrecido nuestro teatro barroco (Racine, creemos, no hubiera dudado en firmar muchos de los versos, verdaderamente sublimes, en que aquélla se explaya).

24. El paroxismo de esa actitud se da en los dos Vargas, hermanos de Leonor, que persiguen a Don Alvaro: su espada se opondrá incluso a la espada pública si fuera menester. La insocialidad se ha vuelto, además, aquí, deliberada insociabilidad: delito contra las leyes estatales.

25. *Don Alvaro*, vv. 1260-1263.

26. El medio del que se sirve el sentimiento del honor para hacer justicia es el mismo del que puede hacer uso otro sentimiento, los celos, para ser felices (como bien nos hace ver Elvira al creerse traicionada por su amante [cf. Larra, Madrid, Espasa-Calpe, 1990], v. 506). La conclusión acentúa lo común de ambos en cuanto *sentimientos*, mas eso no debe hacernos olvidar que mientras el primero pretende ser el anillo en el que se encierra toda la racionalidad de la conducta del caballero, el segundo suele competir con la fe en aras de la sinrazón (así, Elvira, que "odio tan sólo" dice sentir hacia Fernán [v. 331], apenas *sabe* de la traición exclama: "Ya quiero a Fernán González" [v. 500]).

aceptar la posibilidad de que el inocente no sea culpable de por sí tras su *crimen*, reconocer al diálogo la virtualidad de componer controversias. Es decir, sería poner en solfa la pureza del honor, arrojar alguna duda sobre la exactitud de todas las acciones encaminadas a repristinarlo[27]: negar, en fin, el crimen. Cometido éste, por tanto, sólo procede la venganza, sólo ella, con el resto de su tropa, es legítima[28]. El justiciero del honor -que puede ser una persona distinta de la que sufrió la afrenta, pues aunque individual, el individuo es la familia- ha decretado ya la pena y decide ejecutarla él personalmente, aunque su vida misma esté en juego[29]. Todo lo fía a la espada, verdadero juez último en la justicia del honor, a su virtuosismo con ella, afinado por su adscripción a instituciones con las que el honor caballeresco campea en la sociedad[30].

El trecho recorrible por la venganza entre su irrupción y su cumplimiento es el trecho en el que la lógica, la ética y el derecho arrojan todo su resentimiento contra el honor por el maltrato al que éste los somete. La primera metamorfosis experimentada por aquél una vez ofendido es la que le muta de valor

27. "(¿Me tenéis a mí en tan poco? / Ruge entre los dos un mar / de sangre...) Yo al matador / de mi padre y de mi honor / pudiera hermano llamar?" (vv. 1599-1603). Es la respuesta de Don Carlos al "loco" (v. 1596) de Don Alvaro por haber querido solucionar *deshonrosamente* -o sea: sin sangre- el conflicto.

28. "Sólo anhelo venganza / y sangre." (vv. 1500-1501). "No, tras de vos va a morir / que es de mi venganza ley" (vv. 1606-1607). La *afortunada* será Leonor, a quien Don Alvaro cree muerta pero Don Carlos no, pues la noticia le llega del apestado, del violador del honor, y un ser así sólo puede ser un mal absoluto, que no puede tener ni merecer crédito (quizá es el punto donde el honor se acerca -él sí- a ser un mal absoluto: donde claramente nos dice que será trágica la sociedad en la que un semejante valor impere). Lógicamente, también Leonor respira los miasmas de la peste por haber consentido amar -es decir: deshonrar- a sujeto semejante: de ahí que, también lógicamente, deba correr su suerte (vv. 2146-2147).

29. Como buen monarca absoluto, el honor acumula poderes. No estaría de más aquí hacer notar a los amantes de Don Quijote -el héroe, no el libro-, que también participa de los mismos tics absolutistas que sus degenerados sucesores (y antecesores: de todo caballero andante reciclado como sólo caballero), pese a tan nobles ideales como le embargan. Que luego sean tan nobles es otra cuestión, pero no que sea él quien elija cuáles, cuándo hay justicia y cómo y dónde administrarla. Quizá las malas compañías que la historia le ha dado hayan hecho olvidar a más de uno que el asunto a dirimir es si el fin justifica los medios, y que el muy noble y leal Don Quijote es la ejecución de ese programa político que ni el mismísimo Maquiavelo se atrevió a firmar (cf. un resumen de su casuística en el capítulo XXII de la primera parte). Es, en cambio, el que sí afirma y reafirma todo espadachín y burlador para el que el engaño y la muerte sean un juego -el juego de medios, por ejemplo, para ganar la apuesta de "quién... sabría obrar / peor, con mejor fortuna" (*Don Juan*, vv. 431-432). Es, por último, lo que quizá también afirmaría cualquier amante al que el amor, en uno de sus convulsionados arrebatos, hubiera sacado de las casillas de su conciencia (como nos enseña Leonor con la resolución que adopta al final de la escena II del Acto V, y que pondrá en ejecución inmediatamente después [cf. Antonio García Gutiérrez, *El trovador*, Barcelona, Planeta, 1989]).

30. *Don Alvaro*, I-II, pág. 86.

en sentimiento, y más concretamente en pasión –la de la venganza. Pero una vez en este punto, en lugar de descargar sus tormentas de manera intempestiva y por doquier, gusta regalarse fríamente en el calculado y sangriento desenlace final. Que en el camino queden también reglas, valores y sentimientos otrora merecedores de respeto en nada enturbia sus designios. Veamos si no el episodio de las relaciones entre Don Carlos y Don Alvaro, el más significativo de todos por cuanto es el único en que el primogénito del Marqués asiste estupefacto al espectáculo del conflicto de valores que tiene lugar en su conciencia.

El encuentro entre ambos tiene lugar en Italia, adonde el primero ha llegado no porque ahí tenga "el placer un palacio"[31], sino porque ciertas noticias sitúan allí a quien busca, viendo así la posibilidad de cumplir la venganza que secretamente maquina y que el honor de su padre –el suyo ahora– reclama sin tregua pese al tiempo transcurrido[32]. Una partida de cartas jugada contra tahures de uniforme lo ve implicado en una refriega saldada en una herida que no termina con su vida porque de repente se encuentra la espada de un desconocido –ni sabe quién es, ni que aquél no quiere darse a conocer– junto a la suya que le ayuda a ahuyentar al uniformado grupúsculo de cobardes.

Tal es el contexto. La acción prosigue haciendo que Don Carlos, cuyo pecho no desconoce la gratitud, se rinda maravillado ante el desconocido y se le declare deudor de por vida. El éxtasis del aristócrata llega de inmediato, cuando al inquirir por su identidad reconoce el nombre, al que la fama lo había llevado por los aires mucho más allá de su persona en cuanto prez "de la hispana valentía"[33]. La gratitud da la mano a la admiración y su corazón empieza a incubar el deseo de vivir la amistad de ese gran hombre. Este, por su parte, admira igualmente el arrojo y la sinceridad del herido, y entre los dos cristaliza de inmediato el nuevo vínculo[34]. Un hombre de honor, lo hemos visto, es un hombre para quien no cuenta el tiempo. Cuando su boca promete, los lazos de la obliga-

31. *Don Juan*, v. 445

32. El *delito*, para el honor, no prescribe, es decir, que "ni olvida ni perdona" (palabras ésas que con justicia califican la conducta del custodio de la tiranía en *La conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa, II-3: ambas prerrogativas forman parte del patrimonio tiránico de ese honor). El hecho mismo de llegar de incógnito refuerza la intemporalidad, puesto que revela a un sujeto con vocación de castigar y no quiere ningún tipo de interferencia en su misión.

33. V. 1069. Es el patriotismo la musa del romanticismo español de Rivas, un patriotismo que, al menos aquí, en absoluto se confunde con la libertad. Rivas no es Galdós (recuérdese su conmovedora, por humanista e igualitaria, consideración sobre el patriotismo realizada en *Trafalgar* [Barcelona, Crítica, 1995, pág. 97]).

34. La amistad emergida con la inmediatez del relámpago entre ambos transforman en un juguete de cartón la desesperada soledad pregonada con anterioridad (escena III), un juguete al que, por supuesto, el recién nacido hará trizas con su sola presencia.

ción moral llegan hasta el corazón con las promesas formando en él un nudo con la palabra *siempre*[35]. Los acontecimientos se precipitan. Ahora es Don Alvaro el herido y Don Carlos quien le saca con vida del campo de batalla[36]... En estado de semiinconsciencia aquél musita unas palabras cuyo sentido éste no llega a descifrar, y que sólo la sospecha a que le inducen le hará entender: simplemente porque la sospecha de la identidad del desconocido es para el honor todo uno con la confirmación de la sospecha. La venganza ha cruzado ya su Rubicón.

Antes de sonar la hora de las espadas, en la que el honor piensa hacer justicia, antes de que el duelo decida acerca de la culpabilidad, la venganza habrá devorado, por un lado, toda la vida psíquica -psicológica y moral- de su titular, y con ello le forzará por otro a violar las reglas del culto del ídolo que rige su conducta. En primer lugar, ilumina regiones oscuras de su alma, donde no hay lugar para el arrepentimiento (no ya el propio, sino ni siquiera el ajeno), ni tiene cabida -en justa correspondencia- el perdón. La posibilidad de deshacer la culpa aunque quede físicamente el hecho, es decir, la posibilidad de restaurar la situación moral originaria que le es inmanente y le confiere todo su incomparable valor, está condenada de antemano porque la venganza ha puesto en movimiento la espada y ésta no puede ya volver atrás, ya que el destino dejó sin voluntad al vengador. No sólo, la gratitud antaño experimentada, y que se prometía -y se prometió- eterna, queda ahora desautorizada por el conocimiento real del personaje en cuestión: y con ella se desautoriza también la sinceridad del pecho que la sintió y la autonomía de la voluntad que la prometió: ¿qué puede importar al destino la presencia de semejantes segundones?[37]. Otro tanto cabe decir de la amistad surgida, tiernamente recordada por Don Alvaro a su antagonista en un tardío -y vano- intento por reconducir el destino a la voluntad[38], la sede de la que nunca debió partir[39]. Ni el precio impagable que poseía, ni la

35. Otra palabra que impropia por naturaleza pareciera mejor adaptada al corazón del amante, como nos enseña García Lorca en el poema del mismo nombre. Por lo demás, esa promesa no necesita de la espada para cumplirse, como es la promesa de cualquier mortal según Hobbes, sino que ella misma es su espada (la otra, la real, podrá usarla contra quienes se opongan a que cumpla con su promesa o contra quienes duden que la cumplirá).

36. Esta paridad entre ambos antes del estallido de la tragedia no es casual. Confirma que Don Alvaro -como Don Juan, según veremos más abajo-, aunque en distinto grado que Don Carlos, es un personaje de su sociedad, si bien mucho más versátil que el caballero tradicional. Sólo cuando ama Don Alvaro -como Don Juan- es un revolucionario: y se sale de ella.

37. La gratitud, es cierto, se ofreció al precio de la propia vida: sólo que la vida no es el mayor bien para el hombre de honor, por lo que no resulta extraño que el deseo de venganza supere en fuerza a la gratitud.

38. Vv. 1569 s.

39. Esta verdad simple, con todo, no siempre fue reconocida por Don Alvaro.

admiración que la fortalecía, ni la salvación de la propia vida que la cimentaba son, ya, recursos dignos de consideración para el honor. Para éste, por último, que cifra en la venganza su fin (al punto de confundirse con ella, según vimos), no extraña que aquéllos no pasen de la catalogación de medios.

Empero, lo que sí causa cierto asombro, es que hasta el propio honor renuncie a partes fundamentales de sí mismo, como es el juramento y su autopublicidad, en aras de la venganza. Don Carlos había jurado por su honor a Don Alvaro quemar a su muerte los papeles que éste guardaba en su maleta, para lo que le consigna la llave. En una de las escenas más hermosas del libro, y principales para nuestro tema, el honor, enfrentado a sí mismo, saca a relucir sus vergüenzas. Las sospechas incitan al caballero a violar su promesa[40], la condena moral que ya ha caído sobre el apestado refuerzan su deseo de abjurar, pero a pesar de todo logra vencerlo y contenerse en su promesa, ya "que un medio infame, jamás / lo usa el hombre bien nacido"[41]. Con todo, Don Carlos es plenamente consciente de que en su intimidad la promesa ha sido violada, pues una simple sospecha le ha llevado hasta ese punto; por lo demás, durante el conflicto que tortura su ánimo y le hace oscilar entre resoluciones contrarias, uno de los argumentos que había barajado a favor de su abjuración era la nocturnidad con la que cometería el delito[42], como si pudiera haber algún lugar secreto para la conciencia, la cual no llegaría a quedar en paz ni siquiera cuando el esfuerzo final de sus razonamientos hubiera decantado su voluntad en favor del gladiador que en la contienda defendía los principios del honor frente al que defendía el interés del honor[43]. Por eso, cuando, pese a todo, en lugar de calmar sus sospe-

---

40. Es ésa una acción que, por sí misma, hubiera desencadenado la venganza del honor contra el fementido, pues cumplir la palabra prometida constituye un dogma de la dignidad de una persona, y por supuesto de su honor. Basta pensar en que la cumplen, pese al sufrimiento que les conlleva y pese a la violación de su propio interés que supone, y en contra de su propio corazón, tanto Margarita en *Los amantes*... (véase *infra*), como la mismísima Elvira en el *Macías* (vv. 282-283), a la que su imprudencia no excusa (vv. 379-382).

41.Vv. 1302-1303.

42. Vv. 1279-1289. De esa nocturnidad que contraviene el orgullo y la esencia de un honor que se tiene por justicia participará también su hermano, Don Alfonso, quien quisiera poner fin a su contencioso con el indiano "sin ser vistos" (v. 2140). (En otros tiempos, o al menos para otros honores, la alianza con la noche era invocada por el miedo para emprender la huida, pero cabía la excusa de que Sancho era un antihéroe, cuya víscera del honor se situaba muy próxima al estómago y estaba, por lo general, tapada por él; eso era, pues, lógico cuando el miedo cundía tanto por el cuerpo que se volvía incluso maloliente, como al punto le reprochará Don Quijote, en la portentosa aventura de los batanes). También es verdad, por último, que de casta le viene al galgo eso de la asociación entre justicia y carencia de publicidad, pues forma parte de la cotidianidad legal del absolutismo que por boca del propio "rey" se señale que "con secreto ha de ser" llevada la causa actualmente entre manos (Tirso, *El burlador*..., v. 33).

chas por métodos más dignos, busca en otra parte dónde hacerlo y encuentra la cajita del retrato, la abre sin pudor -y de inmediato- porque, esta vez sí, "nada de ella me han hablado"[44]. Sólo entonces, con tan falsa confesión, su conciencia queda por fin en calma, su honor se siente a salvo, sin esa merma que un hipotético arrepentimiento hubiera traído a su poder[45]. Se podrá, pues, saber satisfecho porque ha verificado su hipótesis sin sacrificar su promesa, pero en medio de la excitación que la venganza[46] provoca en su alma, y del gozo con el que el olor de la sangre empieza a inundarle la boca, el gran señor, el que siempre ha aireado por el mundo su honor porque era su modo de ostentarse en el mundo, el que hacía gala de no ser si no era con honra, el que había hecho de la publicidad de sus acciones el secreto más caro a su corazón, difícilmente llegará a evitar en lo sucesivo el amargo regusto a incumplimiento de su propia ley que le ha dejado tan vaga justificación de urgencia.

Desde un punto de vista jurídico, la tragedia de ese concepto de honor consiste, además de en el personalismo con el que su titular decide acerca de la comisión del delito y fija la pena, y de ser él mismo su ejecutor, en añadir la

---

43. Cuando el interés logra penetrar en el antiguo santuario, cuando un caballero se muestra en paz consigo mismo, a la manera del Marqués de Villena, exclamando "yo también sé ser honrado / cuando conduce a mi fama" (Larra, *Macías*, vv. 706-707), puede afirmarse sin ambages que los compañeros de armas que el intruso trae consigo, como la hipocresía y el secretismo, han cavado ya la tumba del viejo ídolo, y sepultado con él la nobleza de la caballería.

44. V. 1314.

45. *Th'abuse of greatness is when it disjoins / Remorse from power*, razona Bruto, en un extraordinario fragmento, en el que aboga por no satisfacer el sueño de César, su coronación, a fin de evitar las previsibles consecuencias que seguirían a tan autoritario acto (Shakespeare, *Julius Caesar* [en *The Complete Works*, Oxford, Clarendon Press, 1995], II-1).

46. Quizá el hecho de que la violencia trasude odio explique en parte la zozobra antevista. Pero sólo en parte, pues del odio calculado en que consiste da tanta cuenta el adjetivo cuanto el sustantivo; la frialdad del cálculo es, en efecto, lo que mantiene su racionalización como deber, que se la pueda considerar justa aplicación del honor: el castigo al que ofendió. De ahí que incluso un Don Alfonso, el último de los Vargas, y que ofrece por rasgo diferenciador la cuota de crueldad que añade al honor, no mate a Don Alvaro mientras éste se halla todavía indefenso en su celda y le provea él mismo de una espada (v. 1978+). Es el "riñamos como se debe" que ya resonaba en el siglo XVII -donde ya el honor era un mundo reglado (Cf. *La dama duende*, v. 2792)-, que a su vez hacía eco al anterior, pues el buen Sancho aún está contando los palos recibidos por ciertos *villanos* con los que su señor, por *caballero*, no podía pelear. Añadamos que ese rasgo formal inmanente al honor es a veces esgrimido por el antagonista del caballero como garantía frente al mismo; así, puede Manrique decir a Don Nuño que "vuestro mismo honor / de vos mismo me asegura" (*El trovador*, I-5, vv. 201-202) (es, por lo demás, esa formalización, que prescribe al caballero defender su honor sólo ante iguales, la regla invocada por éste para negarse desdeñado a combatir con un inferior: "¿no admitís el duelo", pregunta el trovador; a lo que se responde: "¿Y lo pudisteis pensar? / ¿Yo hasta vos he de bajar? [*ibidem*, vv. 219-221; y después, vv. 237-238]).

anomalía de que al tratarse de un duelo, de un combate personal, el supuesto culpable dispondría de la venturosa ocasión de acabar físicamente con la vida de la misma persona con la que ya acabara moralmente al quitarle su honor. Y no sólo: en el caso de que el ofendido se saliera al fin con la suya, su honor se sentiría satisfecho reduciendo avaramente la doble tipología de los delitos y de las penas. Cualquier violación del mismo es igualmente grave; matar al padre, lo mismo que enamorar a la hermana, son, para aquél, acciones deshonrosas sustancialmente idénticas, sin reparar en que la primera acaba cobrándose una vida y la segunda no[47]. La pena debe, en consecuencia, ser la misma. La muerte, antes o después, termina imponiéndose como justiciera universal en la sociedad donde semejante ley del honor impera[48].

Es en un contexto semejante donde una figura como la de Don Juan resulta inteligible. La figura que da vida idealmente al mito es posible no debido a su condición extraordinaria o heroica, contraventora de la mentalidad, las prácticas o los fines dominantes en la sociedad. Antes el contrario, es posible por ser el hijo díscolo de la misma en su encarnación suprema. Don Juan es uno de los muchos aristócratas típicos de su tiempo que a fuerza de coherencia con lo que son las tendencias íntimas de sus valores deviene iconoclasta. Aprovecha la corrupción interna y las miserias de aquélla para cumplir sus metas, totalmente exentas de sueños. Sus *hazañas* son las simples fechorías de quien supo usar en su favor la mayor parte de las bazas que el mercado social ofrece; como el dinero es capaz de operar el milagro de la conversión instantánea de una doncella (Lucía) en alcahueta, o bien el de comprar los deberes de un alcaide, ahí está la bolsa, insondable, de Don Juan que le permite ser tal[49]. Ciertamente, no sólo

47. Lógicamente, si no distingue entre delitos menos lo hará entre circunstancias que los agravan o atenúan, por lo cual no vale la pena recordar que, en la supuesta segunda acción delictiva a juicio del honor, cuenta con la voluntad favorable de la persona objeto del daño. De todos modos, el honor tiene razón: ¿quién es al fin y al cabo esa persona, una mujer nada menos, para hacer libre uso de su voluntad? ¿Acaso no tuvo delante el catecismo con que Margarita alecciona a su remolona hija? Pues allí bien claro podía haber leído que: "Prendarse de quien le cuadre / no es lícito a una doncella, / ni hay más voluntad en ella / que la que tenga su padre" (Hartzenbusch, *Los amantes*... vv. 761-764).

48. Cf. *Don Juan*, vv. 3600-3604. Por lo demás, esa modalidad de castigo, habida cuenta de que el honor es patrimonio de cualquier sujeto de dicha sociedad, y en todos tiene un contenido estrictamente individual, iguala al malvado con el honesto, pues quien se dice ofendido recurre a su espada como juez (Don Carlos tuvo ocasión de sufrir en sus carnes la ignominia de semejante irracionalidad a manos de los oficiales tramposos; no obstante, aprendió poco de ese peligro que tan caro estuvo a punto de costarle: pero adoptar la sinrazón por principio, trae como consecuencia que la razón tenga su alcance tan limitado como su ejercicio).

del oro vive el mito, pues también, de un lado, la corrupción de la esfera política, tanto la estructural -la *trágica*-, puesto que la justicia habla en nombre del rey al ser la norma de aquélla el arbitrio de éste[50], cuanto la circunstancial, en la que un pariente del malhechor abusa de los privilegios anexos a su alto cargo para dispensarse de cumplir las obligaciones impuestas por la ley, lo que a fin de cuentas viene siempre a traducirse en favores a su protegido que le consienten dar fin a su obra[51]; e incluso la mentalidad, de otro lado, contribuyen a poner nombre a la potencia sexual (no así a su faceta de espadachín, que requiere arrojo y destreza personales, sin intervención de terceros). En este sentido, la ligereza proverbial de las mujeres constituiría el mejor terreno abonado donde plantar la simiente del donjuanismo[52], bien que dicho supuesto, en realidad, mejore las perspectivas eróticas del héroe a costa de su virtud como tal.

El iconoclasta transgrede cuanto en esa -trágica- sociedad posee autoridad: el palacio, el convento, la ordenación jerárquica de las clases. Pero viola los límites en ejercicio de una apuesta personal consigo mismo, sin más horizon-

---

49. El dinero hace más milagros; por ejemplo, en el aspirante a donjuán que es Don Luis, su deseo opera el milagro inverso, a saber: el de la integración en la sociedad burlada. Es merced a su deseo de riqueza que vende su inmoralidad (I-12).

50. Ya en Tirso, cuando se hablaba de la justicia, se hablaba del rey: "Ya ejecuté, gran señor, / tu justicia justa y recta" (vv. 121-122), le dice el embajador Pedro Tenorio, tío de Don Juan, a su monarca y dueño. Por lo demás, que sea ésa de la justicia de parte un comodín que usar con desenfado en ventaja propia, incluso en el juego del amor, es algo que el sobrino hará sin el menor recato (vv. 2027-2030).

51. Es el caso del mismo Don Juan en *El burlador* de Tirso (vv. 49 s y 1951-1954) o de Don Luis (I-II, 2).

52. Dicha opinión no esconde la misoginia latente, pero, además, no percibe que es un arma de dos filos frente al varón, pues si el terreno le está preparado poca será la virtud a ejercitar por éste en su conquista. Nada mejor que los pueriles lamentos de Don Luis a perder su honor da idea de ambas realidades, y no sólo de ellas. Así, cuando sus temores se cumplen, porque Don Juan gozó a Doña Ana, su amada, lo que menos le importa es que ésta fue engañada al encuentro con aquél, y que éste necesitó engañarla para ser él. En lugar de percibir la pretensión de Don Juan como la ocasión en la que Doña Ana se situaba de igual a igual con él, y en la que medir la sinceridad del sentimiento y la fortaleza de su amor hacia Don Luis frente a la sola arma del placer esgrimida por su oponente, éste, impelido por su honor, sólo atiende al nudo hecho del goce, sin parar mientes en la lealtad del corazón de la amada hacia su persona -y, menos aún, en lo que verdaderamente él *sentía* por ella (cf. I-IV, 6). En la versión fundacional del mito, la misoginia tenía ocasión de lucirse en tres contextos diversos, aireando así su poderío sobre el conjunto de la sociedad, y en uno, con Don Juan, por partida doble: el rey y un villano son los protagonistas de los otros dos (cf. Tirso, *El burlador*..., v. 155; vv. 1210 y 1311, y vv. 1871-1872). Añadamos, pues quizá sea ésta ocasión oportuna, que pese a tanta concomitancia, en Tirso no hay drama como en Zorrilla por al menos dos motivos: el honor del caballero suele someterse *de motu propio* al rey, y es el honor más que el amor el vínculo que junta las parejas (Octavio y Aminta lo dicen sin reparos: vv. 1118-1120 y 2800-2805 respectivamente).

te que ser el mejor, el único, en un juego en el que las reglas las pone él y la pelota es la sociedad. Sus malabarismos no contienen un adarme de protesta contra un representante concreto del poder político o de cuestionamiento de la estructura de todo él: menos aún del entero orden social. Don Juan no es un rebelde, ni un revolucionario, por abundantes y relevantes que puedan ser sus enemigos personales o por eversiva que pueda resultar su conducta, y desde luego no oiríamos su voz entre la de los conjurados reunidos en el palacio del Embajador de Génova para acabar con el tirano[53]. Cuando le vemos comprar al que se vende (todos, o casi), engañar a quien a su modo también transgrede, cuando le escuchamos impartir órdenes personales a sus leales siervos, sin importar o no la legalidad o moralidad de las mismas, lo que trasparece tras esa cortina de caprichos individuales, de urgencias infantiles, es simplemente el mismo denuedo personalista que anula todo vestigio de sociedad común que ya vimos trasparecer en el noble, así como su misma guía: el honor. Porque Don Juan también considera dignos de valor su honor y su vida, y por ese orden[54]. Como defenderlos con su espada. Sólo que en él ha desaparecido el límite que contenía todo ese vendaval personalista antisocial: la idea de religión. Su voluntad es su placer, y frente a ese dios no cabe trascendencia alguna: el más allá confina con la próxima burlada o el siguiente muerto, interrumpidos quizá por la pausa del brindis en el que semejante *hazaña* se cuenta y celebra. Lo que le queda, pues, es el deber de cumplir su voluntad, sea cual fuere y pese a quien pese; es decir, lo que queda es el honor en estado puro, esa guía espúrea de la acción que cada uno elige para sí a su manera, que apenas establece diferencias en la naturaleza de la ofensa y menos en la del castigo, que le hace decidir a cada cuál cuándo una ofensa ha sido hecha, y que puede ser el escudo en el que se esconde por igual una persona de bien que el más acabado impostor. Un tahúr, valga el caso, puede, por -su- honor, matar a aquélla porque ha visto la trampa y le llama tramposo. Cuando el concepto de honor protege por igual la persona de quien viola la ley que la de quien la cumple, no sólo la sociedad estará rota de antemano y para siempre donde aquél exista: corre igualmente el riesgo de que alguien quiera ser más *honrado* que ninguno a base de quitar la honra a los demás: basta con que a ese iconoclasta le guste jugar al placer con

53. Cf. Martínez de la Rosa, *La conjuración de Venecia*, I-3.

54. El honor, por esencia, es siempre irreligioso, o mejor, la verdadera religión de la clase dominante: es la dimensión *clásica* de unos *cristianos* para los que él cuenta más que la propia vida (es Don Gonzalo, padre de Doña Ana en *El burlador*... de Tirso quien así lo proclama primero y refrenda después cuando, dada por perdida la honra de su hija a manos de Don Juan, da por sentada la respuesta en su pregunta: "¿De qué la vida servía?" [vv. 1565-1568 y v. 1575]).

la honra de las mujeres o la vida de los hombres, y de que disponga de los medios para llevar a cabo sus designios. Basta, pues, con que alguien, aunque no se llame así, pueda ser Don Juan[55].

Así pues, Don Juan, el ser amoral por antonomasia de la sociedad, no es sino la inmoralidad íntima y extrema de ese concepto -pura voluntad en sociedad- de honor sacada a la luz sin los tapujos religiosos que la enmascaran. Descubierto esto, poco asombra si sentimientos y valores le salen al paso para ser aplastados una vez instrumentalizados: ¿quién diría que la amistad hubiera podido ser alguna vez un valor y Don Luis un amigo para Don Juan?[56]. ¿Existió en verdad aquella -sincera- alegría en el encuentro con dos viejos amigos, los capitanes Centella y Avellaneda, luego de tanto tiempo, si enseguida ha de enlutarla la muerte? El arquetipo de Don Juan ha respondido demasiado fielmente a su ideal como para tolerar un par a su lado: antihéroes sólo cabe uno[57]. Otro tanto cabría decir de la paradoja con la que viola la desigualdad al tiempo que la preserva. Como todo, salvo él, es lo mismo, vale nada, su mentalidad es por fuerza cuantitativa; y es en su consideración de las mujeres, tanto como en su predilección por los ambientes pendencieros, donde dicho punto de vista se hace netamente visible. Cuando Don Juan y Don Luis rezan el rosario de sus burlas, ambos igualan a sus víctimas: todas las mujeres son niveladas por lo bajo: todas son tratadas como hembras. E igualmente sucede con los muertos; son nivelados porque ninguno vale nada: es el hecho de ser intercambiables unos por otros, vale decir, perfectamente sustituibles[58], lo que mejor expresa la esencia de la igualdad negativa.

Por lo demás, la crítica apuntada a las instituciones, normas, tradiciones y creencias imperantes, es sencillamente el ejercicio de ser coherente con una

---

55. Cf. Espronceda, *El estudiante de Salamanca*, en la que el donjuán lleva por nombre Félix de Montemar, estudiante por más señas, mas cuyo sentido de la amoralidad no le va a la zaga al de nadie de la familia.

56. I-I, 12 (vv. 574-575 y 397).

57. De hecho, Don Luis, que se cree otro, espetará resueltamente a Don Juan: "Los dos no cabemos / ya sobre la tierra" (vv. 2326-2327). Por otro lado, como quien tiene honor se vuelve héroe a su pesar, no es raro llegar a escuchar cómo incluso entre dos hombres sensibles y respetuosos, dados a hacer el bien, uno le dice a otro que "ha de perecer uno de los dos" (Hartzenbusch, *Los amantes*..., v. 658)... eso sí, antes de descubrir que la cosa tenía arreglo. Será a ese honor de Pedro y Martín, en su condición de reversible, al que se asemeje el de Don Alvaro.

58. En esa igualdad negativa, el empate, lógicamente, se deshace contando: gana quien más inmoralidades sume (lo paradójico, o sea, la parcial conversión de la cantidad en calidad, se da porque se presentan testigos con los que avalar la certeza de los números). Contando o, añadamos, muriendo, porque, como hemos dicho, dos mejores, dos iguales como mejores, no caben: el desafío, es decir, la muerte, está garantizado, y es así como la cantidad tiene ocasión de descubrir que su suma es una resta (cf. I-I, 12, vv. 485 s y 498-500; cf. también v. 634).

cosmovisión en cuyo centro tiene su sede el yo personal y en la periferia el resto del universo. Desaparecido el infierno que amenazaba desde la creencia en el más allá la transgresión de los límites, ésta se vuelve tan natural como la mofa de toda la jungla de la trascendencia. Quizá el elemento antropológicamente más notable de Don Juan consista en que su valor personal se apoya tanto en la convicción extremada de que sus capacidades de espadachín -las técnicas que en cualquier circunstancia concreta depositarán en su espada la fianza de su honor y de su vida- no derivan de ninguna otra magia que la del mérito personal, cuanto en la racionalización que ha llevado a cabo de la conducta humana, y en la cual no hay lugar reservado para la superchería de ningún tipo, ni crédito para cuantas voces provenientes del más allá no justifiquen mediante su necesidad su razón de ser[59].

Por el contrario, la figura de Don Alvaro marca el contrapunto de las otras dos; comparte, sí, con ambas la fe en el sentido del honor y en los atributos inherentes, incluido el de espadachín consumado[60], así como la incomprensión del genuino significado subversivo del amor para con el orden social vigente. Pero nunca alberga el propósito de identificar el honor con su voluntad, como

59. Cf. II-II/III. En escenas espléndidas, culminadas en un cuarteto memorable (vv. 3630-3634), la fe pone en juego su entero poder seductor frente al enamorado, a quien requiebra con toda su gracia en espera de salvarle. Y por si la primera trampa falla -a saber, recordarle que la eternidad existe- ante un descreído (vv. 3428 s), ¿qué mejor entonces para hacer picar el anzuelo al amante, cree, que un buen cebo de amor puesto directamente por Inés? (vv. 3493 s). Empero, en lo que la fe no reparado es que darle a ella el visto bueno significaría para el extraño renunciar a dos prendas irrenunciables, las mismas que había nombrado la estatua: "tu juicio y tu conciencia" (v. 3431). Don Juan no estaba dispuesto a hacer pasar su sueño de reunir en el mundo razón y amor por una ilusión (a lo más que estaba dispuesto a renunciar para ello era a su pasado, aunque ése era un lujo que la sociedad no estaba dispuesta a concederle). De ahí que la *salvación* final deba provenir de otro truco de la Gracia, como es el de recurrir al arte para uncir el miedo a la teología para formar la cadena que apriete la conciencia del amante hasta arrancarle el sí del arrepentimiento (es entonces cuando el amor de Inés salva a Don Juan, cuando ya el arrepentimiento de éste había desatado los poderes taumatúrgicos de aquél). Dios, su gracia -es decir, la magia del hechicero Zorrilla-, salva el amor de los amantes, pero al precio de dejar en el camino la dignidad y responsabilidad de aquél. Señalemos por último que en su alejamiento de Dios, Don Juan había encontrado mejor compañía en Molière, pues también su Don Juan dice: *Si le Ciel me donne un avis, il faut qu'il parle un peu plus clairment, s'il veut que je l'entends* (citado por Luis Fernández Cifuentes, de quien ha corrido a cargo la edición, pág. 296). Valdría así mismo la pena hacer aquí un largo *excursus* sobre el estudiante de Espronceda, que culmina la atea racionalidad de los amantes requebrando él, a su vez, a la mismísima muerte, el castigo divino a su amoralidad. Don Félix, ciertamente, no conoce la íntima identidad de su guía, si bien no por ello deja de intuirla: intuición que estimula su deseo de seguirla en la convicción de, al final, llegar a poseerla... (cf. la entera parte cuarta).

60. Y no sólo frente al toro, se entiende. Esa faceta torera sí que distingue personalmente a Don Alvaro de los otros dos nobles, como también su manifiesta simpatía hacia la clase popular.

Don Juan, y contrariamente a un Don Carlos, siempre se abstiene de hacerlo. Puso, como éste, el credo religioso por encima del honor, preservando sus convicciones sagradas casi hasta el minuto final de su existencia, aquél precisamente en el que Don Juan las asume, y como tal, pese a los exabruptos arrojados contra él por sus perseguidores, jamás ejerció de burlador ni se tuvo por seductor, como tampoco el socavamiento de las instituciones de la autoridad fue no ya juego, sino ni siquiera ocupación preferencial. Ahora bien, si el juego de la burla, a diferencia de cualquier Tenorio, nunca sedujo la voluntad de Don Alvaro, tampoco la maldición del honor[61] fue la ley del suyo; cuando hizo de Don Juan frente a las instituciones de la autoridad, cuando profanó el sagrado de la ermita no pensaba, como aquél, en burlarse de una forja de inocencias culpables, sino que lo hizo a modo de excepción y no siguiendo la regla; cuando ofició de caballero a la Vargas fue constreñido por la recalcitrante obstinación de éstos, que hollaron hasta el límite el sagrado de su voluntad. Veamos esto último más despacio.

Don Alvaro es hombre de su tiempo, y más aún de su sociedad. Se deja acunar en el torbellino de la pasión amorosa tanto frente al conservadurismo imperante, como frente al horizonte abierto del futuro, pues hipoteca para siempre su corazón a la amada -lo mismo, por cierto, vale para ésta- que actualmente lo ocupa; mas luego cede sin resistencia a los prejuicios dominantes antes de, finalmente, sucumbir ante ellos. Así, lo vemos transitar por ella o embozado o doblemente embozado; en el primer caso, cuando el antifaz deja al descubierto el nombre cubriendo únicamente las intenciones, acude al rescate del honor familiar como una cuestión de honor personal, por cuanto acepta el rasgo trágicamente *heroico* de una sociedad que lega hereditariamente el esplendor o las manchas del honor de padres a hijos. En el segundo caso, no deja de ser un hijo de su sociedad al actuar bajo el anonimato de una máscara que con el nombre le tapa así mismo el sentido de su existencia. Bajo la capa de un oficial todo arrojo, pundonor y patriotismo se esconde un ser atormentado en cuya conciencia el héroe tiene la piel de un fantasma, y el valiente es un fugitivo del propio dolor que huye -en vano, pues como el pájaro del poema de Agustín García Calvo su "jaula es él mismo"- de su vida en una alocada carrera hacia adelante a la espera del arma misericordiosa que le redima del sufrimiento. Por lo demás, el drama de una existencia en la que, muy cristianamente, la hipocresía y

61. Esa "palabra tremenda" (Hartzenbusch, *Los amantes*..., v. 902) que una vez pronunciada ya es irreversible, aunque más tarde se revele irracional o inicua la palabra hecha en su nombre, aunque de su cumplimiento puedan derivar dos muertes y un dolor infinito (vv. 605 s, 710-712 y 730-732).

no el suicidio triunfa en el conflicto entre el deseo de no querer continuar viviendo y la realidad de seguir vivo, entre el amor a la muerte y el odio a la vida; en la que el sacrificio del dolor se acepta como tributo eterno por una falta de la que no se es ni directo ni único autor[62]; y en la que su protagonista hace gala de ignorancia culpable, por un lado, al despersonalizar en una fuerza abstracta y fatal, en pura física de la sociedad, lo que no es sino la suma de acciones que un único principio rector articula en coherente conducta personal, y al responsabilizarla acto seguido del mal que, en este caso, le atenaza. La resolución hipócrita de los conflictos, la alícuota de sufrimiento inapropiadamente aceptada y el culpable ocultamiento de la voluntad con la máscara del destino forman también, junto a otros atributos omitidos, parte del patrimonio moral de Don Alvaro como hombre de su sociedad.

Y sin embargo, repetimos, no en la misma forma que el amoral Don Juan o el honorable caballero Don Carlos, las dos razas extremas en las que el honor reparte su moralidad. Don Alvaro está sin duda más cerca de éste que de aquél cuando en justificación de la pronta ayuda que se apresta a brindar a un desconocido en peligro alude no a su desgracia, sino a su caballerosidad[63]; se podría hasta decir que Don Carlos, ese desconocido, podría estar combatiendo a muerte con Don Juan por uno de esos grandes motivos de honor, como una mirada interpretada como aviesa por uno al pasar junto al otro. Pero el Don Alvaro que por honor hubiera comprometido su vida en defensa de ese desconocido, poco tiene que ver en verdad con su defendido, y no porque éste no hubiera hecho lo mismo, o mostrado semejante valentía si la situación hubiera sido la inversa, sino porque el monopolio ejercido por su honor sobre su conciencia moral choca frontalmente con la división de poderes que en el mismo campo se opera en el caballero indiano.

Ningún terreno de batalla al respecto más apropiado para comprobarlo que el de la reparación de la ofensa sufrida. Don Carlos acaba de recibir la terrible revelación: la de la coincidencia en la persona de Don Alvaro del héroe al que debe la vida y el *villano* que mancilló su honor; las dos máscaras han sido arrancadas de un solo golpe, y al primogénito de los Vargas toca ahora decidir cuál de los destinos *abiertos* a su honor es más legítimo, si la restauración del familiar o la promesa hecha a su reciente amigo y sempiterno enemigo. Pese a los conflictos internos, la palabra recién subrayada es inapropiada, porque el honor

62. Y ello con independencia del número de formas en la que se vea constreñido a pagarlo: desde la del arrojado oficial a la de benévolo sacerdote (cf. V-3).

63. "(...) y si a los peligros voy / porque desgraciado soy, / también voy por caballero" (vv. 998-1000).

es una ley que físicamente sólo acepta un efecto para una causa, y cuando se *sabe* violado la respuesta está ya determinada. En ese punto sin retorno del ser o no ser del honor, el caballero echará de inmediato mano a su espada a fin de rendir justicia ejecutando su venganza; en ese mismo punto, Don Alvaro quiere abrir otra puerta al futuro volviendo el pasado reversible: el ser de su honor sí tiene retorno, es decir, otro modo de conservarse sin -irremisiblemente- perderse. Justo en el instante en el que Don Carlos reduce toda su historia personal a un hecho que clama venganza, Don Alvaro hace acopio de lo más sustancial de toda ella para evitar resumirla en el trance del duelo y consiguiente muerte. En primer lugar le desvela el secreto de su origen, tan honorable como el del rival, para tratar con él como un igual[64], aspirando con esta nueva imagen suya no sólo repararle de la afrenta de combatir con un inferior, sino también hacerse aceptar por él en cuanto su dignidad es par a la suya. El fracaso no le disuade de emprender otras vías. Su memoria guarda dos bazas con cuya magia espera dar jaque al honor señorial: el amor y la amistad. Don Alvaro apela a las energías, unas veces reunidas y otras por separado, de ambos tesoros de su pecho, en la ilusión de que su potente humanidad extirpe el quiste mediante el que el honor blinda el corazón del antagonista y lo transforme en el de un cuñado y un amigo[65].

Cuando a la confesión del origen y a la invocación del amor y la amistad sólo la muerte responde en nombre del honor, la suerte está echada. Es entonces cuando Don Alvaro se ve obligado a acudir a la dimensión señorial del suyo ("que si nunca fui a buscarlos, / no evito lances de honor", exclama en dos versos que compendian de modo magnífico cuanto separa y une a ambos contendientes[66]) para jugarse a cara o cruz su vida, al tiempo que Don Carlos se juega el sentido de su existencia. En ese combate entre honores, el del último rechaza la última baza que el destino le había ofrecido para redimirse de su fiera irracionalidad. Había asistido al espectáculo -desconocido e ininteligible para él[67]-, sin

64. Es otra cesión más de Don Alvaro a su sociedad, a la que quiere amoldarse antes que romper (cf. vv. 1590-1595). El mismo prejuicio vive en Rugiero, el huérfano que aspira al reconocimiento por ciertos miembros de la aristocracia para considerarse alguien -"yo tendré la satisfacción de que me deban algo los que tienen tu misma sangre", dice con orgullo a Laura, con la que está casado, naturalmente, en secreto-; téngase presente, además, que Rugiero está entre los conjurados por devolver la libertad de "las antiguas leyes" a Venecia en contra de la tiranía presente; es decir: que puede verse aquí que hay libertad y libertad, y que una cosa es cambiar de régimen y otra de sociedad (cf. Martínez de la Rosa, *La conjuración de Venecia*, II-3).

65. Cf. vv. 1580 s; y también 1466, 1519 y 1570.

66. Vv. 1454-1455. El primero de ellos contrapone Don Alvaro a Don Carlos, el segundo los iguala.

67. Sólo la cobardía y la indignidad -Don Alfonso lo dirá con otras palabras: es un cobarde, un seductor y un asesino (V-6)- explicarían para él la renuncia del otro a medirse en buena lid con él.

igual de un corazón que por amor reclamaba perdón y estaba dispuesto a perdonar; que correspondía a la entrega y leal disposición hacia su persona del ahora enemigo, lo cual se traducía en remordimientos que hasta le inducían por adelantado a arrepentirse[68] de emprender acciones a las que sin embargo le forzaba la ciega terquedad del honor ajeno. De otro modo: el honor de Don Alvaro reconocía ante su conciencia que, pues sucedió lo irreparable -la muerte del padre de Leonor-, aun conociendo la verdad de lo sucedido no basta con tener razón: el remordimiento era la opción que, ante lo irreparable, la conciencia tomaba a favor de lo bueno frente a lo verdadero, la asunción del dolor que aquello infligía a esto[69]. Había asistido, por último, al espectáculo de un corazón que por amistad había aceptado la injuria sin ofenderse[70], que había respondido con una lección de autodominio al desafío de la crispación. Don Carlos -menos todavía su hermano- no estaba capacitado para entender esa autonomía de las diversas figuras de la conciencia moral sobreimpuestas a la del honor, porque en ellos éste reabsorbía toda la energía existente en ese campo. Y ello explica también la última diferencia entre uno y otro tipos de honor al entrar en relación; puesto que la manera de ser de uno transforma inexorablemente el contacto en combate, cuando el otro mata no mata por venganza, sino que lo hace por amor. Don Alvaro se ha visto forzado a empuñar la espada del honor caballeresco, que vive a sangre y fuego, porque el honor caballeresco le ha negado dignidad a su persona y a sus sentimientos, y porque ofende la totalidad de sus afectos más primeros y primarios, los de la progenie y el amor: tras conocer que la sentencia del destino -la venganza del honor-, afecta también a su amada, la gota que colma el vaso de las ofensas, lleno ya con las hechas a su familia, conmina al "desconocido" -"¡Sin padre, sin apellido, / advenedizo, altanero!"- a ser él también caballero de honor: es entonces cuando llama en su auxilio a la venganza y a la muerte en auxilio de su rival[71].

68. El arrepentimiento no siempre porta consigo tan austera compañía. A veces es pura cobardía, que se reserva la carta final de la religión para intentar por su conducto redimir una existencia en la que hasta entonces aquélla había tenido cabida sólo como objeto de mofa (tal es el caso del Don Juan de Tirso [vv. 2759-2760], bien que Don Gonzalo no ejerza con él la piedad de Don Alvaro hacia Don Alfonso).

69. El "arrepentimiento" (v. 1944) debería ser el olvido y fin de un hecho; pero es nuevamente derrotado por ese honor/destino que, cinco años después, y por boca de Don Alfonso, el último vástago varón de los Vargas, es resucitado para mantener en pie la maldición con la que determinados valores se esfuerzan por transformar al mundo humano en mundo natural. Cf. v. 2068 y v. 2072.

70. "Y que infundados agravios / e insultos no ofenden, muestra / el que está ociosa mi diestra / sin arrancaros los labios" (vv. 1492-1495).

71. Vv. 1485-1487 y v. 1623 ("Demandad perdón al cielo"). Añadamos no obstante, y en

III. Tragedias

En la sección primera tuvimos ocasión de constatar cómo el amor, con su pasión por la igualdad y con su apuesta por el sentimiento, irrumpía en medio de la sociedad de la jerarquía como un ariete natural contra el orden establecido; en la segunda, cómo el honor -el valor dominante de su clase dominante[72], el señor absoluto que vela noche y día por la salud de su dignidad, a la manera en que vela el tirano "noche y día por la salud de la República"[73]- emprendía una cruzada personal contra el mismo bajo los auspicios de su misma naturaleza y en aras de su propia supervivencia. La suya era la primera posición atacada por el joven revolucionario que iguala géneros como iguala rangos, y que por tanto es capaz de llevar no sólo a un villano, sino incluso a una mujer, al primer plano de la escena social. El simple roce de ambas realidades había de terminar por fuerza en choque; la hija de un aristócrata que se enamora, y por si fuera poco sin permiso paterno, narra en ese simple dato la crónica de una tragedia anunciada. Mas el honor, buque insignia de tal sociedad, e incluso primera potencia organizadora de la misma, no la subsume por entero desde un punto de vista normativo. Cuando el hecho que lo ponía en movimiento era una injuria, la furia que desencadenaba, ya se vio, sólo cesaría glosada en muerte; pero toda esa singladura justiciera, también se vio, contenía una gran dosis de incertidumbre respecto de la materialización de su propósito, a saber: era ejecutada de principio a fin por el individuo supuestamente deshonrado -o por el individuo consanguíneo colectivo, a lo sumo[74]-, lo que podría no acaecer si la espada a la que el honor

aras de la verdad, que este nuevo caballero antiguo no mata siempre sólo por amor. En su reyerta con Don Alfonso, la perfidia del honor caballeresco -con su añadido de crueldad a la venganza- logra sacar a Don Alvaro de sus casillas y llevarlo al extremo de la desesperación; pero en tal caso, el yunque sobre el que bate el hierro no es la honra de la amada -aunque también esto cuente en algún momento (vv. 2040-2041)-, sino justo el otro, el de la estirpe. El amor logra contener a Don Alvaro una vez la ofensa que se le hace -la de ser "mulato / de sangre mezclada, impura" (vv. 2084-2085)-, pero no una segunda, la fatal para el último y peor -el honor evolucionado en coherencia consigo mismo hasta el final- de los Vargas: al acusarle de ser "...un mestizo / fruto de traiciones" la sangre hirviente del ofendido apenas si tiene tiempo para idear vagamente un arrepentimiento mientras pronuncia la condena: la desesperación ha convertido a Don Alvaro en un caballero de honor, y como tal debe actuar (vv. 2270-2271). Volveremos más tarde sobre esto.

72. Y del villano "rico" que quisiera pertenecer a la clase dominante, el que taxativamente afirma: "Yo cumplo lo que prometo" (Larra, *Macías*, v. 78, y vv. 406 s): aunque sea lo prometido casar a su hija con quien su hija no ama.

73. Martínez de la Rosa, *La conjuración...*, II-1.

74. La regla tiene su excepción, pues ocasionalmente el mejor amigo del difunto se ve investido del *privilegio* de vengar el honor de éste, según se lee en el presunto testamento de Macías (vv. 1727-1728).

fiaba la limpieza de su mancha salía derrotada en la contienda, y ello con independencia de quién empuñara la espada rival. Ahora bien, ¿qué ocurría en tal caso? Suponiendo que el vencedor en el duelo tuviera también razón, ¿debía en última instancia recurrir a su mayor habilidad de espadachín para imponerla? ¿Era ésa la máxima racionalidad que sociedad semejante lograba aplicar al ámbito de la justicia? El pesimismo que transpira la racionalidad social incluso allí donde parece ser justa con quien lo merece se ensombrece aún más cuando orillamos dichas preguntas, aparentemente dictadas por la urgencia, para inquirir más en detalle acerca de su estructura, y preguntarnos cómo puede ser, y qué justicia puede deparar, una sociedad que ha hecho de un honor como el antevisto su pundonor. Intentaremos una respuesta a la cuestión analizando el comportamiento de algunos de los personajes centrales de los dramas estudiados.

Un elemento común a todos ellos es su condición de amantes en una sociedad que prohibe al corazón seguir sus ritmos, y de ahí la unitaria conclusión trágica que el destino les deparará. Otro es el no haber conseguido descifrar el alcance social de su revolución; todos son conscientes del cambio enorme introducido en sus vidas merced a las flechas del dios, e incluso por grados de los gritos de rebeldía, y aun rebelión, que ello supone para el orden social, pero cada uno vivirá a su modo el conflicto entre el nuevo orden estatuido por el amor y el viejo orden tradicional, y de ahí el particular modo con el cual cierra la tragedia el ciclo de sus vidas.

Leonor es el personaje que más intensamente padece el conflicto entre el nuevo y el viejo mundo. Ama a Don Alvaro "con el alma y vida"[75], por lo que resuelve fugarse con él aun contando con el dolor y las turbaciones que la aventura generará en su familia: su revolución personal ha sido completada. Mas justo unos instantes después, mediante un rumor repentino e imprevisto que confunde a los conjurados, la tragedia anuncia que la huida de los amantes ha sido abortada. Las dudas de Leonor antes de pronunciar el fatídico *sí* les habían hecho perder un tiempo en apariencia precioso que ahora le hacía pagar con crueldad su indecisión[76]; son sin embargo las tribulaciones presentes tras las

75. V. 337.

76. Empero, lo que sabemos del honor –ese verdugo que se toma por juez– nos autoriza a presumir que el rosáceo futuro con el que Curra engatusaba el ánimo de su señora e incitaba a la huida no eran más que las cuentas de la lechera que el corazón echa sobre el destino a causa de su ingenuidad y de su buena fe; es decir, Curra no sabía que aun cuando el plan hubiese prosperado, el honor habría perseguido a sus delincuentes hasta el último rincón de la tierra, y que la demora en el castigo la hubiera compensado con los intereses de su saña. (A similar creencia ingenua habría llegado el "huérfano" Rugiero a causa de la desdicha de su condición; Laura, en cambio, era al respecto otra Curra; cf. Martínez de la Rosa, *La conjuración*..., II-2).

dudas, y que justifican la indecisión, lo que tiene en verdad interés para nosotros, pues resultan indicativas de la resistencia con la que las *dulzuras* del viejo mundo[77] defendían sus dominios en el corazón de Leonor frente al poder eversivo del advenedizo. Si bien éste saldrá finalmente airoso del pulso, aquéllas dan fe de que el deseo secreto de Leonor es el de reunirlos vitalmente, deseo cuyo carácter ilusorio será aireado con la resolución de la huida. Hija y mujer, Leonor fue educada en la religión de la obediencia, que daría fácilmente sus frutos -ignorancia, sumisión y desigualdad- porque siempre tuvo ante sí el rostro más amable del paternalismo; formada en tal escuela, asimilaría sin esfuerzo la rectitud de semejante preceptiva, y con ello la creencia de que la sociedad no es al respecto sino una versión ampliada de su familia, es decir, que la naturaleza sellaría las fronteras de la misma[78]. De ahí que cuando el azar empuñe la pistola caída al suelo y dispare mortalmente contra su padre, el dolor y la desesperación de Leonor sean tan sinceros y profundos como el delirio en que estuvieron a punto de sucumbir.

Esa sinceridad y hondura del viejo mundo en su corazón marcará sin duda su sino. Leonor, en efecto, reaparece un año después de aquella noche negra, adoptada ya la segunda crucial resolución de su vida: apartarse del mundo[79]. El

77. "... ¡Mi padre! / Sus palabras cariñosas, / sus extremos, sus afanes, / sus besos y sus abrazos..." (vv. 124-127).

78. Será, por el contrario, otra Leonor, la protagonista femenina de *El trovador*, la que más contribuya a minar la naturalidad del edificio social. Será ella quien mejor encarne la idea que el romanticismo se hizo del amor, y el nombre elegido por la libertad cuando ésta quiera mostrar sus logros en su tarea de demolición del orden social vigente. Con Leonor, en efecto, los enemigos del amor -de la igualdad y del corazón- ven, en su inmensa mayoría, sacudida su autoridad hasta entonces incontestada. Ni la familia (en la magnífica escena segunda del primer acto), ni el honor, ni las jerarquías, ni el orden social en su conjunto, conservan para el amor más valor intrínseco que el de comparsas del escenario social, y a los que se debería eliminar del mismo, pues forman el cañamazo contra el que se dirige el crítico lamento final de la enamorada: "¡Ay, juventud malograda / por tiranos perseguida" (V-7, vv. 380-381). Hasta el mismo voto religioso deja de tener valor, por haber sido impuesto, y la fuerza ya ha sido denunciada en su ilegitimidad (lo cual, por otro lado, obliga a trasladar más a la conciencia el valor de la religión, devenida más Dios y menos parafernalia eclesial). Por lo demás, el amor -en esto, es verdad, Leonor no es única en la obra- fija al corazón su regla básica: el fin justifica los medios, y la reunión con el amado, o la salvación de su vida, le autorizan a instrumentalizar las promesas, a transformar en cuerpo el alma, o a renunciar a la suya. Todo ello la convierte en una de las grandes heroínas del teatro español de siempre. Añadamos que también Elvira contrapone "su ingenio, su valor, sus altos hechos" -de Macías- a los blasones de Fernán, y con sentencia inapelable concluirá: "si eso es ser villano, yo villano / a los nobles más nobles le prefiero" (*Macías*, vv. 417 y 453-454) (Pese a ello, Elvira está dispuesta a sacrificar ese tesoro al interés de su padre por alcanzar poder: el conflicto dentro del corazón entre el antiguo régimen de la familia y el nuevo del amor se decanta del lado paterno [vv. 413-414 y 473]).

79. Vv. 439-441. De todas las diferencias existentes entre Doña Leonor y Doña Inés quizá

ser que actúa ante nosotros es una compleja figura humana en la que el miedo no enturbia su entereza, ni la fragilidad su decisión, ni el dolor su lucidez. La desesperación mantiene abierta contra el tiempo -frente al remedio de beber en las aguas del Leteo que Diógenes recomendara a Alejandro en la obra de Luciano- la rosa fresca de los hechos en su memoria, que permanentemente aspira su fragancia de dolor y sus miasmas de locura. Pero cuando, disfrazada de hombre, en un mesón escucha durante la noche a un forastero hablar de su vida, su reacción no es la de Ulises al escuchar la historia de su vida cantada por un aedo en la corte de Antíoco, rey de los feacios, pues en lugar de aquellas maravillosas lágrimas que el héroe por pudor cubre a fin enmascarar el ser privado recién descubierto en su ser público, lo que aflora en su mente es la determinación de acelerar el plan emprendido. Una vida de eremita cerrará para siempre tanto los dos orificios por los que un día su corazón se desangrara a causa de sus afectos enemigos, cuanto las cicatrices que un inextirpable recuerdo reabran de vez en cuándo en su alma.

El pasado debe ser enterrado, por tanto. No obstante, una decisión así, que trata por igual a todos los seres que lo poblaron, no sólo significa reconocer el fracaso de una vida; es también el modo de añadir injusticia al fracaso, pues no todo en ella contó igual ni fue lo mismo, y por tanto no todo merece ser confundido en revoltijo informe en la muerte del olvido. Esto último, por lo demás, es otra manera de decir que ha llegado la hora de elucidar la casuística de la tragedia de Leonor.

Integra, firme y lúcida pese a su dolor, Leonor toma sin embargo una errónea e injusta decisión: morir en vida. Quiso el imposible de reunir en su pecho el amor con la jerarquía, la revolución con lo revolucionado, y si bien a la postre hubo de optar -es decir, de sacrificar una parte a la otra- consciente del imposible[80], ansiosa se dejaba a gusto embaucar con los juegos de prestidigitación presentes en las palabras de Curra que contenían un final feliz para la historia. Tuvo con todo ocasión de comprobar la volatilización de ese fantasma un momento después, cuando tras descubrirse la fuga el padre no acepta su arrepentimiento ni el de su amante, ni está él dispuesto no ya a perdonar, sino ni siquiera a escuchar: repudia a la hija, e infama y amenaza de muerte a quien

sea ésta la más notable. También ella se había salido de su mundo al amar y al decidirse por el amor frente al honor, y también en su caso un disparo -pero voluntario esta vez- del amante que acaba con la vida del padre precipita la tragedia; pero la segunda, contrariamente a la primera, no regresa a morir a su mundo de antaño, aunque sea para repudiarlo: el dolor la mata en su vuelta al convento luego de creerse *abandonada* de Don Juan (cf. II-I, 2).

80. Vv. 89-100.

para él sólo merece el título de "vil seductor"[81]. La accidental muerte del padre deja por el momento en el aire sus amenazas –que a través del viento del honor se propagarán hasta sus hijos a fin de evitar que el padre haya pronunciado sus palabras en vano–, pero esa muerte será la mejor aliada del arrepentimiento de Leonor, la vía por donde el viejo mundo readquiere su antigua primacía sobre su malherida conciencia. En semejante estado de postración, exacerbado tras un año de penalidades sin cuento[82], Leonor entiende reparar su falta viviendo como una penitente, "por siempre"[83] retirada del mundo –la religión y un paraje montañoso y desértico serán en este punto sus naturales aliados. ¿Qué le guía a esa elección, y cuál es el significado último de la misma?

A primera vista sorprende esa doble *tortura* que Leonor se autoinflige; una condena, y eterna, por un delito no cometido, que paga, además, eternamente apartada del mundo, bien parecería la obra de algún genio maligno que hubiere encontrado morada en la mente de la desdichada. Pero lejos de constituir una decisión improvisada tomada al calor del miedo o del embrujo de un dolor repentino e inexplicable, esa aparente gesta de la locura constituye, se dijo, la sola solución posible a las incesantes pesadillas que por un año atenazaron su conciencia. Liberarse "de este mundo y del infierno"[84], alcanzar su paz espiritual, pasa, pues, por ahí. Valdría la pena inquirir por la esencia de una sociedad que condena a un miembro suyo determinado y lúcido a adoptar frente a sus males un remedio peor que la misma enfermedad[85], y algo de eso haremos

81. Doña Inés no llegará a vivir directamente una escena entre los mismos protagonistas, mas sí, en cambio, tales efectos sociales en su persona. La tragedia que la sociedad pone a la amante no está sólo en el hecho de negarle una vida más allá del convento para redimir su pecado revolucionario, sino igualmente en ser propiedad de un concepto de honor vacunado contra el perdón y contra el arrepentimiento, porque al desconocer la esencia del amor ignora también los radicales efectos que puede operar sobre quienes caen en su red. Don Gonzalo impidió con su desconfianza y prepotencia, cualidades de su honor sabiamente ejercidas, que Don Juan dejara de ser Don Juan (I-IV, 9).

82. Vv. 652-665.

83. V. 595.

84. V. 531

85. El sorprendente final del *Don Juan Tenorio*, con los amantes al fin reunidos en el cielo, no puede ocultar sin embargo esta vistosa coincidencia con el del *Don Alvaro*, a saber, que su sociedad ha expulsado de sí misma el paraíso donde el amor pueda habitar. Por lo demás, Don Juan y Doña Inés deben pagar otro peaje más por reunirse: la completa espiritualización del vínculo que les une, que niega aquel carnal "o ámame porque te adoro" (v. 2259 y antes, vv. 2252-2255) con el que ya ambos habían puesto cuerpo, además de nombre, al espíritu con el que, en los dos, el amor se inició (añadamos, con todo, que la platonización del sentimiento había empezado ya en la tierra con la espiritualización de los amantes, sobre todo de Don Juan; de hecho éste, cuando quiere convencer a Don Gonzalo de la pureza de su sentir –de la regeneración revolucionaria de todo su "ser"–, y justificar su cambio de personalidad, exclama: "lo

después. Por el momento nos interesa destacar cómo dicha liberación comporta la paradoja de que el *reo* necesita liberarse de sí mismo para hallar su paz interior. Estaría por ver la eficacia de la medicina, toda vez que nada garantiza de manera fehaciente que el trato exclusivo con Dios y con la áspera naturaleza al que desea consagrarse la penitente logren, a lomos del tiempo, borrar ese paisaje de recuerdos, anhelos, sueños y frustraciones que la conciencia tiene permanentemente ante sus ojos, así como sustituirlo con otra materia más volátil cuya elaboración y reelaboración no le provoque las pesadas digestiones con que suele acompañarse la asimilación de otros productos más graves del espíritu. En cualquier caso, fructifique o no su empeño, lo que desde ahora sabemos es que la aspiración de Leonor a la tranquilidad de su espíritu entraña la anulación de su vida anterior, que su futuro pasa por el sacrificio de su pasado y que una vida amoral, pura contradicción en los términos si el referente es un ser humano, ha de poner punto y final a la anterior vida social. Una tardía paradoja subraya que el mismo ser que, por amar, ponía en causa la injusticia connatural a su sociedad y se salía así de ella, ahora que ha vuelto al redil social porque su corazón cayó en las tentaciones de su conciencia, necesita volver a huir de nuevo de la misma para soportar los efectos de las causas que le habían hecho volver a entrar. Pero, en realidad, no son la misma persona la que antes se ponía por encima de su sociedad aun sin proponérselo, y la que ahora se sale a hurtadillas y por necesidad; la plenitud vital anterior de la amante se ha convertido en el andrajo humano actual, y los campos donde florecieran proyectos boyantes de vida compartida, han cedido su sitio al erial de la presente soledad. Sólo la memoria podría restablecer la identidad entre las dos discontinuas fases de la misma persona, y es la memoria, precisamente, lo que se pretende aniquilar.

Por otra parte, si repasamos de nuevo los argumentos con los que Leonor justifica tan radical opción vemos que no sólo se limitan a la búsqueda de paz espiritual, o, si se quiere, que sólo la garantía de seguridad material aportará el requisito previo para el goce de paz espiritual. En efecto, motivación primaria de Leonor para su retiro del mundo es poder no ser vista jamás por ningún otro ser humano, condición básica para no ser encontrada nunca por ninguno de sus hermanos, los cuales su "muerte / sólo anhelan, vengativos"[86]. Ese miedo, que todavía la liga al pasado y al mundo, forma parte del tormento que quiere extir-

---

que adoro es la virtud /...de doña Inés" [vv. 2502-2503]). Tan recatada pasión contaba ya con precedentes: Laura dice de su enamorado que para lograrla "no empleó más seducción que sus virtudes" (que más tarde enumera: "¡Es tan honrado, tan compasivo, tiene un corazón tan hermoso!"). Cf. *La conjuración*..., III-2.

86. Vv. 692-693.

par de su alma construyéndose un mundo propio dentro del mundo, esto es, saliéndose de él. ¿Y por qué? Porque, lo hemos visto, en la sociedad donde manda el honor, ninguna garantía es suficiente ni completa frente a su espada, y es ese destino el que quiere rehuir Leonor. De otra manera: Leonor, además de desear estar sola, rodeada de peñascos y de Dios, para olvidar su pasado, para que el dolor se olvide de su conciencia, necesita igualmente estar sola, porque conociendo el honor sabe que la sociedad no le ofrece ningún refugio contra él: ni en las costumbres (valgan los ejemplos del estudiante medroso y de la mesonera chismosa), ni en las leyes (porque el duelo, que es la del honor, las desafía cuando quiere), ni en el sagrado de las iglesias (porque sólo el de su venganza es el único espacio que el honor no se atreve a profanar)[87].

A decir verdad, la sociedad del honor sí ofrece dos bastiones contra él, el negativo del egoísmo (valga aquí el caso del mesonero), cuando no se interesa por su causa, y el de la autodefensa, que será la vía -forzosamente- seguida por Don Alvaro, es decir, el de la espada que sale airosa del duelo con la del honor. La personalidad de Don Alvaro es sin duda más compleja y matizada que la de su enamorada, e incomparable con las graníticas formas restantes de la familia Vargas. Con aquélla comparte ese amor que convierte en personal y socialmente revolucionario a todo aquél que quema con su llama[88]; un código de valores plenamente integrado en su sociedad y que incluye el honor pero no sus monstruos; la conciencia de la esencia antagónica de amor y honor, así como su clara decantación por el primero en la probable contienda, e incluso la ilusión de ver llegar alguna vez el día en que ambos enemigos se reconcilien. El Marqués la hará añicos al descubrir a los fugitivos antes de la huida.

Pero Don Alvaro posee un atributo al que Leonor es del todo ajena: la capacidad de autodefenderse, bien tanto más precioso cuanto que es la única garantía firme de supervivencia en una sociedad que deja a sus miembros a la merced del justiciero de turno; en su *virtù* de espadachín lleva Don Alvaro su

87. A decir verdad, tampoco frente al amor puro hay barreras (cf. *Macías*, vv. 1566-1569), como tampoco las había para la licencia pura de Don Juan (*Don Juan*, vv. 500-515). La amoralidad, como la venganza, suelen ser lugares de cita social donde convergen por separado las distintas formas de la sinrazón personal (con todo, en estos dos últimos casos las aguas desbordadas pueden volver a su cauce, y con el mismo remedio, además: la correspondencia en el amor. Un Macías, por ejemplo, será plenamente consciente de hasta qué punto sus reacciones destructivas deben a la ciega pasión su ser (vv. 1776-1780).

88. Y eso combinado sin embargo con un desconocimiento de cuáles pueden ser sus manifestaciones o sus consecuencias (en I-7, por citar un ejemplo, Don Alvaro se confunde en la confusión del ánimo de Leonor, en tanto considera pasajero y coyuntural desasosiego lo que en su honda realidad no es sino conflicto de valores; lo mismo le había pasado, añadamos, a la dueña de ese ánimo intranquilo un poco antes al intentar explicárselo).

mejor policía. Será precisamente esa cualidad lo que hará tan diversas las eternas travesías por el desierto de su sociedad que cada uno de ellos habrá de emprender por separado tras el alboroto de la nefasta noche[89]. Y tan singulares sus respectivas tragedias pese a escenificarse en el común tablado de la misma sociedad. Por de pronto, y aunque todo refugio sea siempre provisional ante el honor, y todo estado más un parche que una solución hasta la muerte del honor y de su entero linaje, Don Alvaro empieza a hacer las paces con su sociedad enrolándose en el ejército; y aún encontrará el modo de seguir siendo útil a la sociedad sepultando su dolor, que no su persona, tras los muros de un convento. Esa vida social es impensable para su antigua -y eterna- prometida[90].

Por otro lado, la lejanía, ni siquiera la definitiva de la muerte, no apagará nunca el fuego amoroso en el pecho del amante; como tampoco el efecto de las semillas que planta en su persona, que con el tiempo dilatan su radio de acción desde el ámbito subjetivo del sentimiento hasta el intersubjetivo de la moral. Formaban parte, en efecto de la grandeza de Don Alvaro, y eran obra del amor, aquellos grandes dones del perdón y del arrepentimiento, a los que, si la cuchilla del honor no hubiera segado de raíz, los individuos hubieran debido la apertura de las compuertas del pecho, que habrían inundado el corazón con nuevos sentimientos y empapado el alma de desconocidas emociones, como también la reapertura de las puertas de la conducta a la voluntad racional en lugar de al miedo o a la fatalidad; y la sociedad habría podido, por su virtud, privar a ese elemento básico suyo que es el azar de los ingredientes de inexorabilidad y destino que lo convierten en tragedia.

---

89. El hecho común de ocultarse no merma la cualidad de tales diferencias, pues mientras Don Alvaro sólo se unce la máscara al nombre, Doña Leonor habrá de embozarse la entera persona e identidad, empezando por su condición de mujer.

90. También lo sería para el mayor y más consecuente amante del teatro contemporáneo, el Macías de Larra, "un hombre que ama" en la sencilla y honda definición del autor en la presentación de su obra. Macías, en efecto, recorre las diversas escalas de la rebelión personal contra el orden establecido a fin de superar los diversos obstáculos que éste va tendiendo a la realización de su amor. Ni el prestigio personal del Marqués de Villena -antes, por supuesto, de que éste se le apareciese bajo su verdadera luz- (vv. 1062-1064, etc.), ni la mismísima autoridad del rey (vv. 1682 s), ni los vínculos más o menos rígidos que las costumbres, la ley o la religión (vv. 1249 s, etc.) -concentrados más tarde en su repudio del "...mundo / que murmura de aquellos que no logra / comprender siquiera..." (vv. 1918-1920)-, gozan a sus ojos de más crédito del gozado por la tiranía para la libertad. La soldadesca o el convento nunca representarían un lenitivo para su dolor ni un rodeo para sentirse socialmente útil, y en el arrojo temerario con el que el amor le precipitará a la muerte nunca brilla esa estela de desesperación por las maldiciones que la sociedad arroja sobre el amor, que luce en el dolor de Don Alvaro antes de que la intensificación de la misma ante la muerte de Leonor lleve la noche oscura a su alma.

Con todo, de ese conjunto de prendas que adornan su persona Don Alvaro puede hacer gala porque cuenta con la confianza en sí mismo que le proporciona su destreza en el manejo de la espada, lenguaje en el que habrá de entenderse con sus enemigos el día en el que la maldición que arrojaron sobre él pueda realizarse. Junto a su dominio en el arte de la esgrima, el valor, su condición de caballero –más el desprecio de la vida que de un tiempo a esta parte enturbia su mirada– son sus más firmes fiadores en una apuesta en la que su ciego enemigo cumple al menos la ley de infligir personalmente, y cara a cara, su supuesta justicia. Gracias por cierto a ese ejército, su poseedor saldó con sendas victorias las dos batallas a que lo forzaron los dos caballeros del honor sedientos de sangre. Descubierto cuando se ocultaba, forzadas sus reticencias por el destino, el duelo declaró victoriosa a su espada las dos veces frente a las de quienes buscaban la justicia en su venganza.

Ahora bien, si Don Alvaro, a diferencia de Leonor, logra salir ileso de la justicia del honor, entonces ¿por qué muere? Antes de saberlo hemos de responder a otra pregunta: ¿por qué mata? Cuando Don Alfonso se persona inopinadamente en el convento en búsqueda del padre Rafael, la historia se repite. Por enésima vez se constata que la sociedad no ofrece refugio seguro a sus miembros ante la tenacidad con que la venganza ha prometido al honor lealtad. Por mucho que su religión le prohiba matar, o la ley matar en duelo, por sacro que pueda ser el espacio de un convento ante las armas, cuando Don Alfonso echa el pestillo a la puerta de la celda del padre es un lobo que vive en estado de naturaleza y quiere matar para vivir. Y si de nada sirven los preceptos de la religión o de la ley, condenatorios de ese apetito, qué podrán obrar contra él los años transcurridos desde el fatídico hecho o las tribulaciones y mudanzas del supuesto culpable; el sayal que actualmente viste el cuerpo del fraile en sustitución del antiguo uniforme de soldado –las dos máscaras que recubrieron el alma de Don Alvaro en su peregrinación por el proscrito olvido–, el celo en el ejercicio de las tareas significadas en el sayal, el exceso de pasión mostrado por su arrepentimiento en el enjuiciamiento de sus defectos, etc., ¿cómo afectarían la voluntad de ese ser en grado de decir de sí mismo que es "constante como la estrella polar"[91]; un ser, el honor, para el que el tiempo no pasa por el delito (vale decir, por su esencia), y que juzga vileza o cobardía cualquier intento de componenda sin derramamiento de sangre?

91. *I am constant as the Northern Star*. Las palabras son las tajantemente pronunciadas por Julio César ante Casio para reafirmar que nada ni nadie –él no es un *mortal* como los demás– le apartará de cumplir con lo que él considera su deber (*Ibid.*, III-1).

En el pulso dialéctico de la obra, el inmutable honor traía de la mano de Don Alfonso un componente personal más: el rencor. El último Vargas no desea únicamente vengarse: anhela quizá más colmar de sufrimiento el alma de Don Alvaro durante su venganza. La escena no deja dudas de su maestría, pues a la turbación inicial de éste al saberse buscado por un desconocido, seguida de un aplomo casi innatural, dictado por la sinceridad con la que asumió su nueva condición, una vez descubiertas la identidad e intenciones de aquél, seguirá no obstante, poco después, el ilegal duelo. En el ínterin Don Alfonso ha maniobrado con habilidad la maquinaria de sus acusaciones, llegando a volver furioso a su ya antagonista, quien enajenado exige el duelo reparador. ¿Qué le ha dicho para conseguir su propósito? Ha sido el despliegue de acusaciones cruzadas, como la de la impureza de sangre, que afecta a su entera familia, la de deshonrar a su hermana –¿qué cabría esperar de un impuro, de un "mulato"?–, todas ellas negadas vehementemente por el acusado, combinadas con la bofetada final a Don Alvaro –la represalia que queda, y satisface, a su venganza ante la negativa de aquél a batirse–, lo que le saca de quicio y, en parte, de personalidad. Porque, en efecto, si Don Alfonso ha logrado su objetivo es porque sus ofensas fueron disolviendo cuanto *artificio* antisocial había ido adquiriendo aquél desde su enamoramiento, hasta conseguir devolverle su aspecto inicial: la estatua de Glauco de Don Alvaro es la de ser un hombre de honor de su sociedad –aun cuando éste, se recordará, no sea idéntico al de su retador. Es verdad que el indiano no vuelve indemne a su condición primera, puesto que vuelve cuasi enajenado, pero no deja de ser también cierto que lo que lo sume en ese estado es la herida que con su ofensa Don Alfonso va abriendo al poner en entredicho el valor y la honorabilidad de las creencias profesadas por él, y que son prototípicas en un caballero de su sociedad. Por eso, el simple acto físico de la bofetada se convirtió en el detonante moral que a través del desafío tuvo su estallido final en la muerte del ofensor.

Así pues, Don Alvaro mata porque la irrupción del pasado en su nueva vida pone en evidencia la precariedad de ésta, que es la de su sociedad a la hora de ofrecer posibilidades a sus miembros de rehacer su vida; para el amante, las cuestiones de honor condenan al afectado o a escapar del mundo –cueva que pese a todo tiene como custodio el ciego argos del azar–, o a dejar escapar por obra del frenesí lo mejor de sí mismo y, devuelto a su condición original, mostrarse más diestro que el rival a la hora de resolver el lance en su favor. Huir del mundo para huir del perseguidor o matar al perseguidor: la suerte está echada para el amor cuando lo persigue el honor.

No obstante, es el caso que Don Alvaro se desembaraza del perseguidor. ¿Por qué entonces muere? El drama representa de manera plausible el enlace

entre ambos episodios. Don Alfonso, moribundo, de pronto se acuerda de que es cristiano, que quiere entrar en el cielo por la puerta grande, y de que el padre Rafael, en su condición de tal, tiene la llave de su deseo. Al tiempo, la visión de un hombre que muere e implora perdón libera al verdugo de su frenesí restituyéndolo a su condición de hombre de iglesia; sólo que, en cuanto tal, los dioses luchan entre sí en su persona, pues si la salvación de las almas es su tarea esencial en la tierra, el procedimiento marca que con las manos manchadas de sangre no se intente lavar de sus pecados al alma ajena, por muy felizmente arrepentida y moribunda que esté. El vértigo de ese conflicto entre valores, que sumiría al padre Don Alvaro en la inacción como al cabal e ingenuo Don Quijote, lo resuelve con una dramática y valiente decisión que añade un grave pecado más a su lista, sí, pero con la atenuante de añadir un alma más al paraíso. Sabedor de que por las cercanías mora un penitente se acerca a su ermita, aun sabedor también de que por estar ocupado con Dios no se le debe molestar para asuntos relacionados con los hombres, y le conmina a dar su socorro a un pecador a punto de expirar. La mala suerte –o sea, la que suele haber cuando la suerte está echada– quiere que el ignoto penitente sea Leonor, al punto reconocida por un nuevamente enajenado Don Alvaro, y que al punto le reconoce. Pero esa misma suerte quiere también que el moribundo oiga los gritos, y que al reconocer a su hermana vuelva a su prístina y genuina condición: la de hermano. El antiguo cristiano a punto de expirar, con las fuerzas que el honor le insufla en ejecución de su venganza, asesta antes de morir la puñalada mortal a una hermana que, confundida, se había acercado a él cuando le oyó proferir su nombre. Alfonso, pues, no muere en cristiano, como quería, sino con honor, como necesitaba[92].

¿Por qué muere Don Alvaro? La continua sucesión de trances desde la aparición del asesino, apenas interrumpida mientras contemplaba al moribundo, y culminada extáticamente en la muerte de Leonor, han colmado la lucidez de su pecho y saturado su desesperación. El amor que había mantenido encendida su llama en el corazón, sordo a todas las vicisitudes del amante en su cerrada sociedad, el amor secretamente buscado por la esperanza en medio de la artificial soledad de las máscaras, ve cómo, tras un paréntesis de confusa ilusión, sin tiempo siquiera para que los ojos reaviven las flores que las cenizas del olvido no consiguieron sepultar, es la muerte la que se lleva consigo el goce de su recompensado anhelo.

92. El conflicto entre ambos tiranos del alma humana no se presenta siempre en situación tan extrema, sino también en otras mucho más sosegadas en las que el interesado podría pedir consejo a su razón antes de hacer decidir a su voluntad. Empero, el orden de los factores no alterará el producto (García Gutiérrez, *El Trovador*, I-4, vv. 153-156).

El suicidio de Don Alvaro es, en esta tesitura, el único punto en común entre su corazón y su cabeza. En ese crisol en el que el dolor, al mezclarse con la enajenación, produce la desesperación del individuo, su soledad es absoluta. Y donde no cabe consuelo, deviene ingenua impertinencia la vulgar creencia en un tiempo que todo lo cura, o en un más allá que acogerá a los elegidos. El hombre desesperado es un ser en estado de naturaleza psicológico, puramente amoral[93], y ante un ser fuera de sí, y por consiguiente fuera de su sociedad –que la desesperación, en su abominación de ella, confunde con "el mundo"[94]–, qué pueden ser su historia, su presente o un futuro relativo a los otros dos: sólo el precipicio, la muerte, logra consolar a quien le duele tanto su vida que ya no la siente, y comprender las razones de quien carece de sentido. Don Alvaro muere porque la estructural sinrazón de su sociedad, que no deja espacio a la mitad de la raza humana, el corazón, coherentemente le ha matado su amor: y esa muerte del amor, la verdad más plena de su ser, le mata el mundo. La muerte es la única justicia que cabe al amante hacer al mundo cuando el amor no cabe en él.

Hasta aquí, pues, puede hablarse de una doble tragedia; la personal, que nunca deja de ser social, en la que el honor logra vengar personalmente la afrenta sufrida[95], y la estrictamente social, propia de una sociedad que al estar

93. La idea aquí expresada fue moneda de uso corriente en la conciencia moral de la época, pues también Marsilla, aislado ya en medio de su dolor, pronuncia el grito que le llega desde su selva interior: "La desventura quiebra / los vínculos del hombre con el hombre / y con la vida y la virtud..." (Hartzenbusch, *Los amantes*..., vv. 1409-1411). El dolor moral del sufrimiento extremo lega ese testamento de lucidez poco antes de que la conciencia sea expulsada para siempre de la moralidad. Por otra parte, en la escena quizá más honda y bella de *La conjuración de Venecia* –momento que en su reseña de la obra (cuyo juicio es desde luego más favorable que el nuestro) tras el estreno Larra consideró "sublime" [cf. *Fígaro*..., Barcelona, Crítica, 1997, págs. 198-203])–, el autor, por boca de Mafei, nos ilustra acerca de cómo el dolor físico producido por la tortura priva al reo de su condición moral, pues separa de hecho su "boca" de su "conciencia", arrebatándole con ello toda dignidad y responsabilidad. No puede haber vida moral en un ser cuyo cuerpo sólo tiene sentido para el dolor (V-4). El breve diálogo entre el Presidente 2° del Tribunal y el *condenado* –¿qué otra cosa es la tortura sino la condena antes de la sentencia, la justicia sustancial llevada al procedimiento?– es, sencillamente, memorable.

94. "¡Húndase el cielo, perezca la raza humana, exterminio, destrucción..!" son las palabras finales de nuestro protagonista (por trance similar pasaba Marsilla poco antes de morir, y la misma huida emprende: "No más humanidad, crímenes quiero" (Hartzenbusch, *Los amantes*..., v. 1844).

95. El honor emplea ocasionalmente modos bastante paradójicos para hacer daño al amor; cuando no monopoliza la conciencia o el corazón, cuando abre su mismo santuario al remordimiento –en suma: cuando no es el honor del caballero–, no por ello deja de ser un ser inflexible con quien le honra, un destino para su voluntad, una ruleta para sus convicciones: es una madre sangrante de dolor, Margarita, la que al aceptar el sacrificio de su hija en aras de no ver comprometida su dignidad, maldice su suerte escondida tras esta postrer justificación: "Perdona la tiranía / de las leyes del honor" (Hartzenbusch, *Los amantes*..., vv. 1131-1132). Pero Isabel,

estructurada por las jerarquías y la desigualdad da pasto a la existencia en su seno de depredadores del alma humana, como el honor, para los que deviene cuestión de fe acabar con todo rastro de naturaleza en los sentimientos y de autonomía en la voluntad que les contraríen. Leonor constituye el ejemplo de una factible interrelación entre ambas, mientras la tragedia de Don Alvaro enseña que aun cuando le falle el destino a la venganza personal, la que nunca cesa, la realmente inexorable, es la social.

El honor y -su- sociedad persiguen, en suma, trágicamente al amor. ¿Mas se agota ahí su tragedia? ¿Es posible añadir nuevos tormentos a su existencia? Nuestra idea es que forma parte de la tragedia constitutiva de determinada sociedad el engendrar enemigos de su naturaleza. El amor de nuestros protagonistas, creemos, no es ajeno a su tragedia. En efecto, excepción hecha del Don Juan de Tirso -o de su mejor reencarnación romántica, Félix de Montemar-, fiel a sus principios de no tener ninguno, y en cierto modo de nuestra principal pareja protagonista, a cuyos miembros hemos visto deambular, aunque sea infelizmente, al uno sin el otro, ninguna de las demás concibe el futuro por separado. Sólo la muerte da sentido a la vida de cada uno ante la falta del otro, con independencia de si aquélla llega por sacrificio de la propia a fin de salvar la del amante, o mediante suicidio para juntarse en el más allá con él cuando no fue posible en la tierra. "Sólo morir apetezco"[96], o "ni soy de no amarla dueño"[97], son frases que pronuncian respectivamente Leonor y Macías, pero son las que se oyen por doquier, la sentencia con la que el corazón expresa al labio su renuncia a la esperanza si ha de estar solo, a la vida si latir ha de ser en lo sucesivo mera función biológica. Ser -es decir: *juntos*- o no ser: tal es la alternativa. Pero eso, decimos, es también tragedia. Más aún: la genuina, la definitiva tragedia. Después de todo, del honor cabe salvarse, según nos enseñara Don Alvaro, y quizá en "el universo" quepa hallar aún un lugar donde erigir el templo

además, sufre la herida del honor en sus carnes de otro modo: por "deber" ha de mantenerse fiel al hombre con quien ahora está casada -el lazo matrimonial es divino: indisoluble: es decir, trágico-, pues debe respetar en cuanto esposa su "honor" de marido: "...no soy mía; soy de un hombre / que me hace de su honor depositaria, / y debo serle fiel" (vv. 1804-1806). En efecto, para la sociedad del honor, incluso de ese honor, la mujer no es suya: es un bien ajeno sancionado por las instituciones del más acá y por las creencias en el más allá: ¿cómo iba a pensar la sociedad en la idea de un remedio a semejante situación, cómo cabe pensar en racionalizar ese *inconsciente* que es todo presupuesto?

96. *El trovador*, II-6, v. 122.

97. *Macías*, v. 1009. Las dos jaculatorias del corazón, por lo demás, se miran en el espejo clásico de la *Alcestes* de Eurípides, pues ya allí Admeto decía a su esposa: "Muerta tú yo no existiré" (escena VI).

del amor[98]; sólo que si en ese templo sólo cabe el amante un día elegido, si el culto está indefectiblemente consagrado al mismo dios, sólo escombros de *impiedad* quedarán del mismo tan pronto como éste desaparezca: hubiere o no violencia en su desaparición.

Laura y Rugiero, Leonor y Manrique, Isabel y Marsilla, Elvira y Macías, etc., todos se han elegido entre sí, y con su elección han violado deseos preconcebidos, promesas hechas, pactos establecidos, así como la sacrosanta autoridad de la que emana su existencia; no obstante, su elección ha convertido a cada uno en destino personal del otro, y juntos se han convertido en naturaleza: ¡cuán violento el parecido con su acérrimo enemigo, el honor! Todos esos amantes han dado con el anhelado instante al que Fausto quisiera decir "¡detente: eres tan bello!" en la persona del otro, pero el mágico círculo formado entre los dos absorbe en su interior todas las energías del amor, aislándoles eternamente del resto del género humano, y creando en derredor suyo un vacío sentimental al que ningún solitario podría acercarse con la legítima esperanza de mancillar la virginidad de su corazón, ni siquiera con el círculo roto en una de sus mitades. En tal caso, lo hemos visto, o la tragedia recompone dicho círculo en el más allá, o la soledad instaura allí su imperio. Por lo demás, es cierto que la circunstancia social favorece la solución trágica del dolor, y que no nos es dado conocer la reacción a la pérdida del amante en otra mucho más ordinaria. Con todo, no lo es menos que el hechicero del amor había embrujado ya su destino, y que en sus vidas no había lugar ni para ellos si faltaba la del otro. Todos los amantes son jóvenes; han conocido ya la erupción del volcán en su pecho, y han sentido estremecerse sus cuerpos ante la imagen del amado; sin embargo, ninguno ha llegado a vivir el sentimiento, ignorando por tanto los cambios con los que el tiempo y la convivencia van dejando atrás al niño alado[99]. Cierto; en su deambular por las páginas de una vida compartida, el viejo revolucionario no tiene necesariamente que conocer, como víctima o verdugo, la guillotina, ni devenir un furioso saturno que devore a sus propios hijos; pero en la vida cotidiana la naturaleza de las cosas no requiere matar para morir ni lo contrario, como no exige la presencia directa de una voluntad tras de todo cambio; el remolino de intereses, opiniones, necesidades remueve sin tregua las circunstancias, y aventado aún más por el azar puede cambiar por completo la fisonomía del antiguo

98. "Si en las ciudades no, si entre los hombres / ni fe, ni abrigo, ni esperanza hallamos, / las fieras en los bosques una cueva / cederán al amor..." (Larra, *Macías*, vv. 1254-1257).

99. Es, en efecto, un signo trágico de este amor que el amante no sólo se salga de su sociedad, sino también del tiempo (cf. *El trovador*, II-6, vv. 116 s), pues el motivo no es la realización de gestas con las que trascenderlo -aquéllas que, por ejemplo, impulsan a Herodoto a escribir *historias*-, pues ese amor todopoderoso tiene su límite en su impotencia para volver a amar.

orden de cosas manteniendo en cambio una apariencia de continuidad y hasta de permanencia. En esa danza perenne, en la que aun imperceptiblemente, como la música de los pitagóricos o la rotación de la tierra, participamos todos, también gira el amor, y poco habría que reprocharle si se le ve cambiar de pareja a medida que prosigue el baile. No tiene por qué hacerlo, desde luego; lo cierto, sin embargo, es que nunca será después el del principio, aquél que al nacer quiso encadenar el futuro de dos corazones haciéndoles pronunciar al unísono la palabra *siempre*. Así pues, no es el dramático final de nuestros héroes, ya anticipado en la mitología helena con la leyenda de Heros y Leandro, donde hallamos el remedo trágico que el amor hace de la sociedad y se reconoce hijo de ella, sino en esa suerte de hibernación del niño, en esa congelación del sueño de felicidad en el momento del estallido del sentimiento, y que les impediría llegado el caso recomponer sus vidas. También aquí el sujeto pliega su voluntad y se retrae ante el destino, con el agravante de que el destino había nacido libre en su interior.

Esa idealización que borra de los rostros los surcos que el tiempo va labrando día a día y les imprime los rasgos arquetípicos de la estatuaria clásica, que espiritualiza con el bálsamo extraído al destilar la virtud el volcán incandescente de la pasión, y escamotea las aristas que van remodelando su ser tras la fachada de su palabra sagrada, toma forma ya desde su origen. Enamorados a veces de oídas, por así decir, como Don Juan y Doña Inés, o incluso providencialmente[100], los amantes se enamoran entre sí como una excusa de su enamoramiento del amor[101]; la leyenda griega de Pigmalión, embelesado con su estatua, o la egipcia de Rodopis, en la que el faraón queda prendado de la dueña de un zapato que encuentra al azar, insisten en que tampoco éste es un fenómeno privativo de la sociedad cerrada analizada en este trabajo[102], si bien nos parezca que sí lo fomente en su origen, pues aunque prohiba el corazón no puede extirparlo, y más aún en su desarrollo, puesto que cuando los amantes han dado forma al amor, la revolución que se produce les transforma en primer lugar a ellos, como transformaría la sociedad si se le dejara libre curso: el honor, que lo sabe, ya se sabe cómo reacciona. Que dicha transformación pueda degenerar

100. "...antes / nos amábamos de vernos", le dice Marsilla a Zulima de su relación con Isabel (*Los amantes...*, vv. 206 s).

101. "...antes de conocerte ya te amaba", le confiesa Laura a Rugiero (*La conspiración...*, II-3).

102. También en España había precedentes, ya que también aquí los amantes románticos inician su historia en el barroco, pues, por limitarnos a una obra ya citada, Angela disimulaba el fuego de amor hacia el desconocido tras la siguiente cortina de humo: "(...) No porque verle deseo, / sino sólo por saber" (*La dama duende*, vv. 573-574).

en una auténtica transfiguración, como le ocurre a la pareja recién citada, no hace al caso, pues sin llegar a tanto también Don Alvaro y Doña Leonor muestran que todo ese yacimiento de sueños comunes y proyectos compartidos que el amor excava en el pecho de los enamorados necesitan encadenarse a la persona concreta del amante en la que, así, ha *degenerado* la potencia del amor, algo similar a lo que ocurre con la igualdad judeo-cristiana, inseparable del hecho de ser todos los hombres hijos de Dios, o con el libre examen de Lutero asociado sin más al examen de la Biblia. El idealismo romántico saldrá desde luego satisfecho de su cuadro, y hasta se regodeará con su contemplación; pero quienes saben de los caprichos o de la mala puntería del dios, que tantas veces arroja sus dardos llenos de espejismos sobre la persona equivocada, y saben asimismo de las cautelas con las que hay que andar incluso en dominios tan propensos a la prudencia, entenderán quizá más urgente darle una segunda oportunidad al amor, y darse así otra ocasión para rehacer sus vidas, antes de considerar un corazón suyo para siempre[103].

Para acabar. En la cerrada sociedad caballeresca, hasta tres tipos distintos de amante anhelan el matrimonio del amor con la tragedia. El primero es el honor, que perseguirá personalmente a quien él considere que ha ofendido su código, considerando ofensa que en el idioma del sentimiento el lenguaje sea el del corazón y no el del deber, y que no cejará en su empeño hasta ver satisfecho su deseo de venganza –o dejar la piel en el intento. El segundo es la propia sociedad, cuya mentalidad, orden e instituciones ni protegen al posible prófugo amoroso en su desgracia ni, y esto es aún más dramático, tienen la capacidad de ofrecer espacios para que aquél pueda reconstruir su vida. Ambos son los enemigos externos del amor. En la naturaleza de éste residía el enemigo interno, el que al soldar el mundo al que da vida a un único ser, el amante concreto, vuelca en su pecho no sólo su entero cargamento de sentimientos, emociones, sueños y proyectos, sino también todo su futuro, transformando para siempre el suyo en un erial donde campea soberana la soledad. El amor, o mejor, el amante se ha negado definitivamente a sí mismo, al privarse de la energía necesaria para, si fuere menester, rehacer su vida. En el altar de su propio fuego ve consumirse así tanto el carácter versátil de la libertad, como la dignidad del error, su belleza y originalidad: razones, en suma, entre aquéllas por las que la vida puede vivirse, y vale la pena de ser vivida.

---

103. Entre otras cosas, porque como ya se sabía desde antaño, a veces "el amor se acaba luego, / nunca la necesidad" (Rojas Zorrilla, *Entre bobos anda el juego,* Barcelona, Crítica, 1998, vv. 2739-2740).